

ANTOLOGÍA

**Yo No.
Letras Contra la
Discriminación**



2023

Mario Delgado Carrillo

Secretario de Educación Pública

Tania Rodríguez Mora

Subsecretaria de Educación Media Superior

Uladimir Valdez Pereznuñez

Director General del Bachillerato

Jorge Alejandro Rangel Sandóval

Encargado de la Dirección Académica

María Dolores Figueroa Arrieta

Directora de Coordinación de Colegios de Bachilleres

Primera edición, 2024

Secretaría de Educación Pública

Subsecretaría de Educación Media Superior

Dirección General del Bachillerato

Av. Revolución 1425, Col. Campestre. Álvaro Obregón, C.P. 01040,
Ciudad de México.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

Índice

Agradecimientos .	4
Presentación .	5
Cuento .	7
Colors: niña de porcelana	8
El verdadero monstruo	12
Unión de manos: camino a una redención	24
Nueva visión de Londres	29
Hormiga roja	39
El diario de una marginada	45
Flip no puede comunicarse	50
Poesía	54
Tejedores de historias: migrantes en el libro de la vida	55
Ya p' abatik (Discriminación)	56 57
El idioma del amor	58
La sombra de mi nopal	59
Ensayo literario .	61
¿Y los cristianos?	62
Crónica literaria .	68
Mi vida en mil vistas	69

Agradecimientos

Expresamos nuestro más sincero agradecimiento al Programa de Interacción Cultural y Social de la Secretaría de Cultura, cuyo respaldo facilitó la colaboración con Paloma Sherezada Martínez Fernández, Ana Karen Basilio Ramos e Iván López Rental, jóvenes creadores y creadoras pertenecientes al Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales (SACPC), cuya valiosa participación contribuyó en la selección de los textos ganadores. Su dedicación y criterio enriquecieron notablemente este proyecto. Permittiéndonos contar con su experiencia y perspectiva en el proceso de evaluación.

Nuestro agradecimiento se extiende al Fondo de Cultura Económica y a EDUCAL por su generosa donación de libros y por haber cedido el espacio de la librería Rosario Castellanos para la ceremonia de premiación, un entorno ideal para la celebración de este importante evento.

Agradecemos a los Colegios de Bachilleres de los estados, así como a la Educación Media Superior a Distancia, por su apoyo en la difusión de la convocatoria. Asimismo, reconocemos a las y los docentes que formaron parte del comité encargado de definir las características de los textos, contribuyendo a enmarcar los lineamientos literarios de esta antología.

De manera especial, extendemos nuestro agradecimiento a las y los estudiantes que participaron con sus creaciones, a las y los docentes que impulsaron la expresión literaria en las aulas, y a todas las personas de las comunidades educativas que inspiran y motivan a las y los jóvenes a expresarse a través de la literatura.

Presentación

El concurso literario nacional “Yo No. Letras Contra la Discriminación” surge de la necesidad de escuchar a las y los jóvenes, de invitarles a reflexionar sobre sí mismos y sí mismas, de encontrar otras formas de convivencia y de impulsar la inclusión en sus comunidades. Creemos que construir espacios que permitan nombrarnos, entendernos y ver nuestras particularidades, diferencias y similitudes entre todas y todos, cimienta el camino hacia una sociedad que no deje a nadie atrás ni a nadie fuera.

Esta edición fue dirigida a estudiantes de Colegios de Bachilleres de los estados (COBAES) y Centros de Educación Media Superior a Distancia (CEMSaD). En el camino, encontramos aliadas y aliados que compartían la idea de que la creación literaria es una herramienta poderosa para generar nuevos mundos.

Nuestra intención nunca fue limitar la participación por ningún motivo, por lo que nos reunimos con especialistas en cada categoría (cuento, ensayo literario, poesía y crónica literaria) para definir las características de los textos, respetando los distintos géneros y dando la mayor libertad posible para que las y los jóvenes se expresaran. También permitimos que los textos fueran escritos a computadora, a mano y en cualquier lengua, porque lo que queríamos era que todas y todos escribieran en la forma que prefirieran.

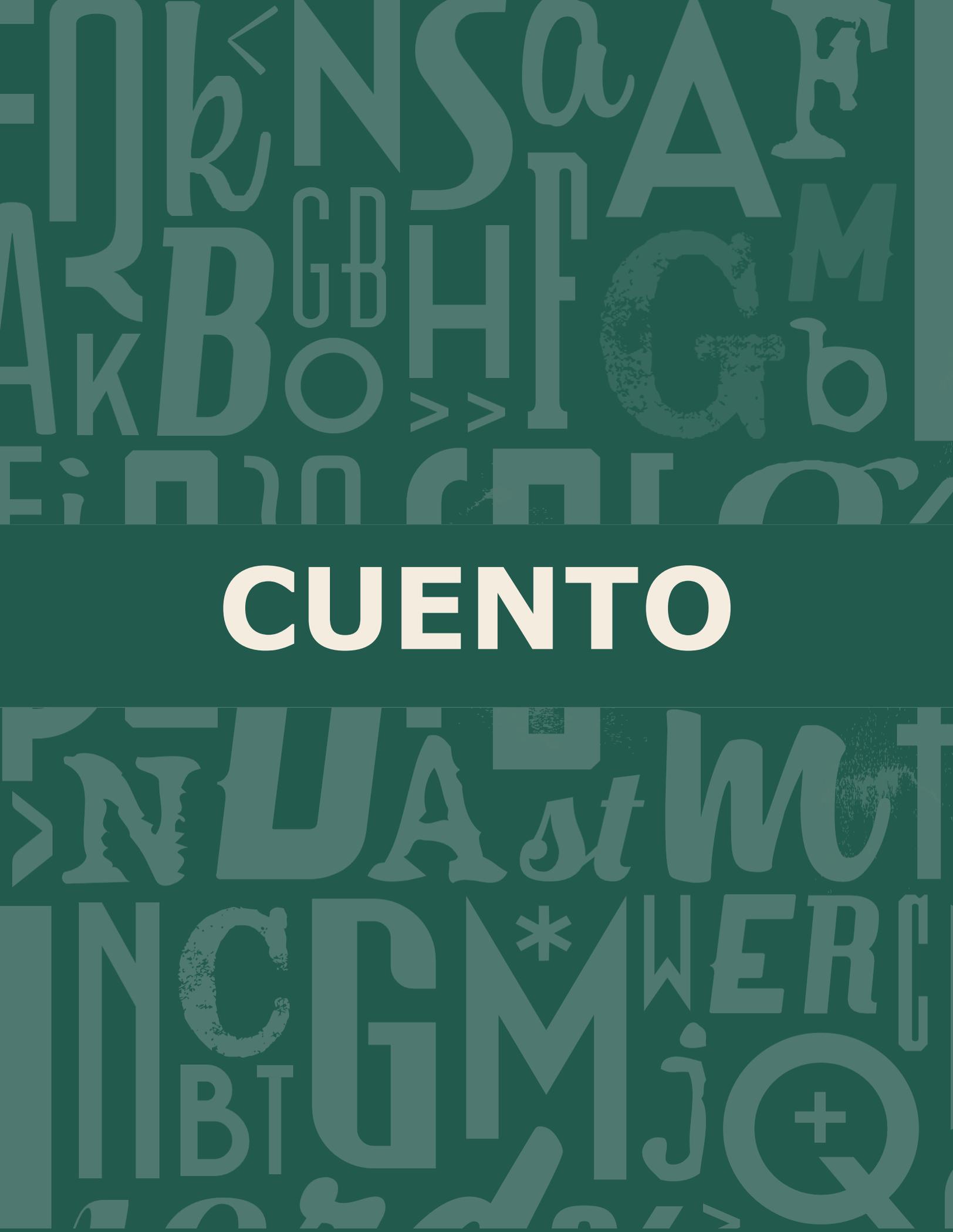
Recibimos más de 300 textos participantes, cada uno reflejando un contexto, una visión y un deseo de un nuevo mundo. Sin duda, las ganadoras y los ganadores de esta primera edición son un reflejo de las juventudes participantes, de sus preocupaciones, miradas, reflexiones y conclusiones.

En esta primera edición, encontramos diversas voces, temas y formas de abordar problemáticas, como la exclusión nacida del miedo a lo diferente, la introspección generada por la mirada ajena, la aceptación, el reconocimiento en el otro o la otra, la identidad con la comunidad o la familia, hasta las acciones que puede cometer una persona por sufrir discriminación.

Los textos que conforman esta antología literaria son un reflejo de la heterogeneidad del país. Son voces que se apropian de la realidad y la transforman para visibilizar las estructuras sociales que profundizan la desigualdad. Son voces que buscan un cambio, que aspiran a transformar su entorno. Por este motivo, solo se realizaron ajustes mínimos en redacción y ortografía, respetando el fondo y la forma originales de los textos, ya que el objetivo de esta antología es, precisamente, escuchar.

Estamos convencidas y convencidos de que, al leer esta obra, usted, estimada lectora y estimado lector, se identificará con más de un texto, encontrará un sentimiento o un pensamiento que ha experimentado, pues la discriminación es un fantasma latente en nuestra sociedad. No obstante, también hallará esperanza en un futuro mejor, porque las y los jóvenes de nuestro país nombran lo que debe ser nombrado, se apropian de su identidad e impulsan un cambio en sus comunidades.

José Luis Arredondo Castañeda
Coordinador del proyecto



CUENTO

Colors: niña de porcelana

Jesús André Dzul Chacón

Estudiante del Colegio de Bachilleres del estado de Yucatán

¡Buenos días, pequeña! ¿Cómo amaneciste hoy? – dijo con evidente enojo el hombre de la capa blanca.

¿Me ha encontrado? ¿Ya sabe que estoy aquí? Continuó hablando. – ¡¿Me has escuchado?! – exclamó el sujeto, apretando con rabia el blasón de su camiseta.

Es imposible. Él ya sabe que estoy aquí. Definitivamente lo sabe. Después de todo, entrar a robar en este pequeño circo no fue una buena idea.

Eso pensaba mientras observaba cómo el hombre revelaba lo que se ocultaba bajo esas mantas sucias, manchadas con el color del vino. Escondido detrás de un barril apestoso, impregnado de alcohol, me ahogaba al presenciar ese momento de asombrosa belleza. Como si levantara un enorme telón de teatro, la vi a ella. Había una pequeña rejilla que resguardaba su diminuto cuerpo, oxidada y a punto de quebrarse. Sin embargo, eso no era lo que llamó mi atención.

- ¿Y bien? ¿Qué esperas? – volvió a decir el hombre, ahora con un descontento claramente marcado en su arrugado rostro.

Parecía estar esperando una respuesta. ¿De quién? No lo sabía. No había nadie más en este lugar, solo él y yo. Realmente no entendía qué estaba ocurriendo. Pero al observarlo más de cerca, noté algo inesperado: sus ojos, de un marrón profundo, miraban al mismo lugar que los míos.

- Ya veo – murmuré sin darme cuenta.

Tapé mi boca de inmediato, tratando de ahogar el sonido de mis labios, pero el miedo seguía presente.

- ¡Mírate! Tan imperfecta como siempre, y aun así te atreves a ignorarme. Deberías dejar de hacer eso si quieres conservar intacta tu otra mano.... ¿Qué significaba esto? Me preguntaba, mientras seguía deslumbrado por aquella creación perfecta. ¡Sí! Era perfecta, aunque ahora que lo pienso, esa palabra se quedaba corta. Una muñeca de porcelana.

Vestía ropas claramente desgastadas, su piel era pálida, sus ojos extraños, de colores diferentes. Su cabello dorado apenas alcanzaba a cubrir su diminuta espalda, y sus pies descalzos sobresalían de sus prendas. Su mirada era tan fría que me recordaba a la noche, una oscuridad sin color alguno.

Sus ojos estaban apagados. Definitivamente, estaban apagados.
- ¡Responde de una vez! – gritaba el hombre con su extravagante vestimenta. Su grito me puso en alerta, y de una de sus coloridas mangas salió una vara de metal.

Mi rostro se congeló por un instante. Tenía miedo. No sabía qué ocurriría, pero estaba claro que no sería algo bueno.

- Tú me obligaste a esto – susurró, al mismo tiempo que la vara golpeaba con fuerza el brazo derecho de la muñeca.

-¿...?!

¿Qué fue lo que ocurrió?

Sostuvo la muñeca por un momento, y ahora, las lágrimas no dejaban de brotar de mis ojos.

La muñeca yacía en el suelo. Inconsciente, completamente triste y sola.

No podía dejarla ahí. Tal perfección era simplemente única. Debía hacer algo, pero ¿qué? Solo era un ladronzuelo enamorado, nada más. No había mucho que pudiera hacer. Sin embargo, si me quedaba ahí, ella seguiría sufriendo.

Si tenía la fuerza para brindar tranquilidad a alguien, ¿no debería ayudarlo? Estoy seguro de que ella pensaba lo mismo mientras me miraba, mientras sus ojos se encontraban con los míos, pidiéndome que fuese su salvador. No podía más. De verdad, no podía soportarlo más.

Si tenía que sacrificar mi libertad por la de ella, estaba dispuesto a hacerlo. Yo ya había vivido lo suficiente. Soy un criminal, he tenido mi cuota de vida. Puedo con esto.

Con lágrimas brotando de nuestros ojos, me enfrenté al hombre. Narrar nuestra pelea sería una pérdida de tiempo. Lo noqueé de un solo golpe mientras estaba distraído. No me sentía orgulloso, pero él tenía una vara de metal, así que supongo que la pelea fue justa... al menos, así lo veía yo.

- No debiste hacer eso – dijo ella con una voz tan delicada que casi me hizo volver a secar mis lágrimas.

Sentada en mi regazo, mientras esperábamos que llegara la policía, susurró:

- Gracias.

- No tienes por qué agradecerme. Lo haría por cualquiera, en realidad.

Su rostro mostraba confusión. Parecía no entender lo que le decía. Como si no pudiera darse cuenta de la diferencia entre ella y yo. Aunque, tal vez, ella se refería a otra cosa.

- No te entiendo – me dijo.

- ¿Por qué te arriesgarías de esa manera por alguien como yo? Quiero decir, por una muñeca rota como yo.

- Oh, ya entiendo – pronuncié con una voz baja.

Tenía razón. Desde su perspectiva, ella era solo una muñeca. Una muñeca creada para ser perfecta, sin defectos, sin imperfecciones. Sus dos manos estaban rotas por los golpes. Para mí, era algo insignificante, pero para ella, no lo era. Viéndola más de cerca, pude ver las grietas en su cuerpo, la tristeza en su rostro. No estaba feliz.

- ¿Entonces, por qué lo hiciste? – me preguntó mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.
- Porque quise hacerlo. Todos merecen ser protegidos, es una realidad. Todos, excepto los tipos como yo... la gente mala como yo. Una bofetada interrumpió mis pensamientos.

- ¡Deja de contradecirte! Si has hecho cosas malas, enmiéndalas. Sigue tu propio consejo y vive feliz, por favor. Y cuando lo hayas hecho, cuando hayas pagado por todo, vuelve por mí. Debes ser tú quien teja mi nuevo atuendo.
- De acuerdo – le respondí con una breve sonrisa.
- ¡No lo entiendes! Serás arrestado. Difícilmente podrás volver a reunirte conmigo. Esto no debería haber pasado. Todo ocurrió por querer salvar a alguien tan “imperfecto” como yo.
- Pues que así sea – respondí. – Seré arrestado, pagaré por todo, pero al menos tus ojos podrán ver los colores. Al menos, estarás a salvo con tu perfección. Después de todo, ¡eres una muñeca! Con algo de pegamento y una buena brocha quedarás como nueva, y nadie dirá nada al respecto.

El verdadero monstruo

Gabriela Esmeralda Rodríguez Zárate

Estudiante del Colegio de Bachilleres del estado de Coahuila

Un ente extraño ha estado conmigo desde mi más tierna infancia. Precisamente a los tres años, su presencia comenzó a seguirme hasta mi actual adolescencia. Le coloqué un nombre: "Monstruo". Mamá me decía que evitara verlo, y papá sugería que, en caso de que lo hiciera, tratara de encerrarlo dentro del gran armario de mi cuarto. Por suerte, jamás lo vi ni me animé a hacerlo, aunque no negaré que hubo más de una ocasión en la que quise atraparlo y quedé yo dentro del clóset en su lugar. A veces me pregunto si alguien más puede verlo o sentirlo. En especial, ¿mis compañeros de clase podrán? He estado en muchas escuelas a lo largo del tiempo debido al trabajo de mis padres. En todas ellas, desde el kínder hasta la secundaria, he sido excluido o tratado de maneras muy extrañas. Aun así, no le doy muchas vueltas al asunto. "Si yo fuera ellos y tuviera un compañero con un monstruo tras él, quizás lo mejor sería no acercarse", me digo siempre a mí mismo. "El problema no soy yo, es él, el 'Monstruo'."

En la secundaria no soy muy sociable, pero cuando me animo realmente a convivir con los demás, me siento más cómodo haciéndolo con las chicas que con los chicos. A veces nos gusta colarnos en el jardín de la escuela y tomar flores para elaborar bonitas guirnaldas. Cuando me pongo una, me siento bastante especial, incluso podría decirse que me siento como una princesa. Las demás, al observarme entusiasmado, se ríen y me siguen el juego.

También hay veces en las que practican maquillarse. Yo jamás lo he hecho, pero disfruto bastante observarlas a todas muy concentradas cuando lo hacen. Por otra parte, los chicos me observan con desprecio. No me gusta pensar mucho en cuál podría ser la razón, pero me hacen sentir incómodo e inseguro.

Un día, como cualquiera, sucedió algo impensable. Esa mañana, una de mis amigas había llevado una paleta de sombras bastante linda. Se la pedí prestada y comencé a maquillar a mi compañera de al lado. De pronto, la voz de un chico habló a mis espaldas:

—¿Te maquillas a ti mismo? Para ser un experto, supongo que sí.

Al principio lo tomé como un cumplido, pero cuando me di la vuelta y él volvió a hablar, comprendí que no se trataba de un elogio:

—Deberías hacer cosas de varones. ¿Cuál es tu necesidad de hacer eso? ¿Acaso crees que eres una niña?

Era la primera vez que escuchaba algo así. Por extraño que suene, sentía que el llamado "Monstruo" estaba tras mi espalda aumentando su tamaño. Rápidamente dirigí la mirada hacia mi compañera, pero un repentino golpe en mi nuca hizo que el chico y yo cayéramos al suelo, forcejeando de forma agresiva. La maestra, junto con algunos compañeros, tuvo que intervenir. Nos llevaron juntos a la oficina de la directora y fuimos obligados a esperar a que llegaran nuestros padres para hablar con ellos. Mientras estaba sentado, observando el suelo y moviendo mis pies, pude ver mi reflejo junto al del "Monstruo". Era algo borroso, pero me sorprendió notar que su figura no se parecía en nada a lo que antes había imaginado. Esperaba algo aterrador y horripilante, pero en su lugar se encontraba la silueta de una persona.

—¿Los monstruos pueden parecerse a las personas? — me pregunté. De pronto, sentí una mano en mi hombro; era mi madre, que había terminado de hablar con la directora y tenía una expresión severa.

—¿Sucede algo, mamá? ¿Qué te ha dicho la directora? — la interrogué, algo nervioso por su respuesta.

—Ethan, por favor, trata de pasar más tiempo con tus compañeros— dijo ella.

—¡Eso es lo que hago!

—¡No, no lo haces! Estoy hablando de los chicos. — Su grito me intimidó.

—¿Por qué, mamá? No me siento muy cómodo con ellos, siempre me miran mal y... — Me tomó de los hombros con una fuerza que jamás había usado en mí.

—Ethan, hazlo por tu bien, hazlo por mí, por nosotros. Lo que haces no puede ser llamado normal.

Esas palabras llegaron a mi corazón y dolieron tanto como si una daga las hubiera trazado en él. Asentí con la cabeza y abracé a mamá.

Creo saber la razón del porqué. Después de lo ocurrido y de tratar de aparentar algo que no era, comencé a pensar que, quizás, si veía al "Monstruo", me convertiría en él. Al fin y al cabo, pareciera ser que los humanos se asemejan a esos entes espantosos a los que un adolescente como yo aún les teme. "¿Por qué será eso posible?"

Continué yendo a la escuela y traté de integrarme al grupo de chicos, aunque todos ellos me mostraban rechazo. Una y otra vez, ocurrieron incontables peleas, lo que provocó mi expulsión de la escuela. Mis padres, por su parte, no estaban muy molestos ni preocupados, ya que en unos tres o cinco días nos iríamos de la ciudad nuevamente por su trabajo. De cierta manera, estaba aliviado con eso; no me volverían a molestar. Pero ahora tenía que asegurarme de ser lo más masculino posible y evitar a toda costa dejar ver mi verdadero yo.

El canto de los pájaros me despertó en el auto de mi padre. Me había quedado dormido durante el viaje y ya estaba amaneciendo. Me senté correctamente y miré por la ventana. Aparentemente, mi nuevo hogar estaría situado en un pueblito muy colorido y lleno de gente vivaz.

Cuando llegamos a nuestra nueva casa, mamá me pidió que desempacara las cosas y alistara lo necesario para ir a inscribirme en la escuela de ese lugar. Me encontraba algo inquieto por eso; por desgracia, no podía escapar de la realidad. Mientras desempacaba el espejo del dormitorio de mamá, me distraje un poco observándome en él; incluso posando, comencé a reírme internamente hasta que noté nuevamente al “Monstruo” tras mi espalda. Solo podía ver su silueta.

Una ola de curiosidad me invadió. “¿Qué pasaría si lo viera? Si su silueta es como la de una persona, ¿cómo podría temerle?”, me pregunté. Con eso en mente, levanté el objeto con el fin de observarlo mejor, pero no había nada, solo mi reflejo... No, era distinto, era yo... pero con una apariencia extraña, algo de maquillaje en el rostro y una guirnalda de flores que siempre había amado. El reflejo, entonces, sonrió.

Aterrado, lo lancé contra el piso y luego caí al suelo. Me acerqué a rastras a los trozos y en todos ellos había una parte de esa imagen mía. “¿Entonces yo era el monstruo?”, una lágrima bajó por mi mejilla. “Sí, era así, sí, yo era el monstruo y los demás podían verlo. Quizás esa era la razón por la que tenía problemas para convivir con los demás.” Lo que había comenzado como un sollozo ahora era un desastre en mi rostro. Mi mente era el barco, mis pensamientos el mar y mi llanto la tormenta. Como un marinero sin experiencia, me dejé hundir.

Al día siguiente tenía que ir a la escuela. No tenía muchos ánimos y traté de hacer lo imposible para que mis padres no sospecharan nada. Sin embargo, mi papá, que era difícil de engañar, me interrogaba mientras conducía.

—¿Está todo bien? Tu mamá me dijo que rompiste el espejo de su habitación. —No hablaba con un tono de molestia, sino más bien de preocupación y protección.

Estuve a punto de animarme a decirle lo que había visto en el espejo, pero nuevamente volví a tocar fondo en el mar de los pensamientos. “¿Y si papá se molesta? Él también sabía del ‘Monstruo’ y me dijo que lo escondiera.” De pronto, sentí cómo ponía sus manos sobre mis hombros.

—Ethan, si algo te está pasando, quiero que tengas la confianza para contármelo. No te preocupes por el espejo; compraré otro. —Escuchar eso casi me hace llorar, pero aún no estaba dispuesto a decirle la verdad, así que me guardé las lágrimas y le sonreí.

—Todo está excelente, papá —le dije antes de bajar del auto, tomar mi mochila y entrar a la escuela.

La escuela era grande, sin duda. Caminé bastante por los pasillos antes de encontrar mi salón asignado. La presencia de mi compañero “Monstruo” seguía acechándome, y lo sabía muy bien por mi sombra.

“Me aseguraré de no tener los mismos problemas que tuve en mis escuelas anteriores, no importa lo que tenga que hacer,” me dije a mí mismo. “Sin embargo, ¿realmente puedo hacer eso? ¿Nadie lo notará?” Giré la cabeza hacia atrás, viendo al “Monstruo”. Ya ni siquiera le tenía miedo; me causaba rechazo. Le tenía rechazo a quien en verdad era yo.

Finalmente encontré mi aula, abrí la puerta y el maestro interrumpió la clase para invitarme a pasar y presentarme.

—Buenos días, me llamo Ethan Videl. Es un gusto ser su compañero de ahora en adelante —mencioné antes de sentarme.

Traté de concentrarme durante la clase, pero sentía los ojos de los demás clavados en mí mientras murmuraban entre ellos a mis espaldas. Dentro del círculo de desconocidos había uno de mis compañeros que estaba comenzando a asustarme. Lo atrapaba en varias ocasiones mirándome, y cuando se percataba de que me daba cuenta, inmediatamente posaba sus ojos hacia el pizarrón. “¿Y si ya se dio cuenta?”, me pregunté a mí mismo, aterrado.

A la hora del receso me encontraba en mi butaca almorzando. Veía por la ventana a mis compañeros jugar y correr por la cancha. De pronto, me di cuenta de que algunos eran muy diferentes de otros y aun así se llevaban bien. “Quizás... intentarlo, tratar de hablarles,” pensé. Repentinamente, sentí cómo alguien se posaba frente a mí. Nervioso, le miré; era el chico con quien ya había relacionado un sentimiento de temor.

—Hola, soy Nicolás. Un gusto —se presentó.

Quedé sorprendido por tal inesperado momento.

—El gusto es mío —contesté con voz inquieta.

—Ethan, ¿cierto?

—Sí —afirmé.

Nicolás se sentó a un lado mío y comenzó a hablarme con mucha naturalidad. “¿No se habrá dado cuenta del ‘Monstruo’?”, tenía esa duda presente en mi cabeza. Pasó un largo tiempo en el que estuvimos charlando juntos hasta que unas compañeras se acercaron a mí y también se presentaron. Me sentí bastante feliz de estar con todos ellos. Sin embargo, cuando miré a la ventana, el reflejo del “Monstruo” estaba ahí; mantenía una expresión de tristeza y resignación, y gradualmente su sentimiento me contagió.

—¿Está todo bien? —Nicolás me tomó del hombro y me observó con preocupación.

—Oh, sí, no es nada —contesté.

Él siguió insistiendo por unos minutos hasta que sonó el timbre. Chequeé mi horario y la siguiente clase era teatro.

Entré junto a Nicolás a la clase.

—Están organizando una obra escolar —dijo, guiándome a los vestuarios.

Adentro había muchos disfraces, pero lo que más me llamó la atención fue un vestido tradicional que se encontraba colgado. Me acerqué a él y lo observé con mucho detenimiento.

—¿Te gusta? —preguntó Nicolás mientras se dirigía hacia mí.

—Oh, no, no es eso —respondí, nervioso.

De pronto, él sacó el vestido y lo puso en mis manos.

—¿Sabes? Ese vestido fue para una obra que realizamos sobre las Muxes de Oaxaca. ¿Por qué no lo pruebas? —dijo, y luego fue a buscar alguna otra cosa por el lugar.

—¿En serio quieres que me lo pruebe? ¿No tienes problemas con eso? —Lo interrogué, confundido. Creí que se estaba burlando de mí, pero mi perspectiva cambió cuando, en un movimiento repentino, me colocó sobre la cabeza una guirnalda de flores.

—¿Por qué tendría algún problema yo con eso? Tú eres el que se interesó en el vestido en primer lugar. Además, no le veo nada de malo que te lo pruebes; al fin y al cabo, es solo una prenda de vestir.

Inesperadamente, sentí que alguien podría estarme entendiendo. No lo pensé mucho y entré en uno de los cubículos del vestidor. Al salir, Nicolás pareció quedar impresionado.

—Te ves bien —dijo, dando una sonrisa.

Fui hacia el espejo y me vi en él. Lo que antes había sido una ola de felicidad desenfrenada se convirtió en una pesadilla; era idéntico al “Monstruo”. Me había convertido en él. La situación empeoró cuando, inesperadamente, algunos de los chicos entraron al vestuario.

—Ethan, ¿qué haces con eso puesto? —preguntó un compañero con total indiferencia.

—¿Alguien ha visto la guirnalda con flores? Olvídenlo, ya vi dónde está... —soltó otro con impresión.

El pánico comenzó a apoderarse de mí. Comencé a sollozar; me sentía pequeño e indefenso, y tenía miedo de ellos.

—Oye, Ethan, ¿estás bien? —De pronto, todos se acercaron.

—Hey, hey, está bien, no te pongas así. ¿Qué pasa? —Nicolás me abrazó y comenzó a darme palmadas.

—No importa que estés vestido así, Ethan, no tenemos problema si te sientes cómodo con ello puesto —mencionó alguien más del grupo.

—¡Te ves bien, Ethan! —exclamaron.

Inesperadamente, me abrazaron entre todos. Una sensación extraña, antes no experimentada, se hizo presente. Podía sentir una combinación de calma y relajación, como si un peso se hubiera retirado de encima mío. Fue como si, en medio del ahogamiento, un salvavidas hubiera sido lanzado para salir a la superficie. Esa sensación luego la conocería como aceptación.

Al terminar las clases, me quedé sentado junto a Nicolás en una plaza fuera de la escuela.

—Ethan, no quiero incomodarte ni nada por el estilo. No estás obligado a contestar si no quieres.

—¿Qué ocurre?

—Bueno, es sobre ti. ¿Te sientes cómodo si te sigo tratando como un chico, o hay algo que debo saber?

Me puse rojo de la vergüenza.

—Oh no, yo soy un chico. Lo que pasa es que... siempre me han gustado las cosas que socialmente se consideran femeninas. Sin embargo, no me identifico como una mujer.

Nicolás asintió en un gesto de comprensión.

—Ya veo. ¡Si alguien te llega a molestar, ten por hecho que cuentas conmigo! Aunque no creo que eso llegue a pasar. —Él miró hacia la cancha y yo hice lo mismo. Había muchos chicos de la escuela jugando, todos diferentes entre ellos en apariencia y capacidades físicas.

Llegué a casa con una sonrisa. Mi madre estaba preparando la comida.

—¿Qué tal la escuela? —preguntó ella con una amabilidad genuina.

—¡Muy bien, mamá! Los chicos son bastante agradables, en especial uno de ellos, Nicolás.

Hice una pausa antes de volver a hablar. Lo que había sucedido en la escuela me estaba dando el valor de hablar sobre cómo me sentía. Mi compañero, el "Monstruo", ya no existía; yo era él, un título aterrador, pero con el cual me acostumbraría a vivir y quizás con el que llegaría a ser feliz.

—Mamá, creo que ya no debo ocultar cómo me gusta ser realmente. ¿No es eso magnífico?

En su rostro noté que ella no lo tomó como yo esperaba. Se volvió fría y sus palabras fueron impredecibles.

—¿Realmente deseas ser un monstruo?
Todos viven huyendo de ellos porque son aterradores.

Mi corazón se estrujó y, por un impulso, reclamé:

—¡Las personas se parecen tanto a los monstruos!
—¿Cómo estás tan seguro de eso?
—¡Porque yo lo vi! ¡Es idéntico a mí, pero en una versión que me gustaría ser!

Me di cuenta bastante tarde de que lo había arruinado. Temeroso de la reacción de mamá, subí las escaleras a toda prisa y me encerré en mi cuarto. Me tiré de rodillas al piso y comencé a llorar. De pronto, levanté la mirada y, enfrente de mí, estaba el gran armario en el que más de una vez había intentado encerrar a mi compañero, el "Monstruo". Me puse de pie, entré en él, cerré las puertas y me abracé al cómodo escondite que existía dentro de la oscuridad, un lugar donde nadie podría verme ni apuntar con el dedo.

No sé cuánto tiempo pasé allí dentro hasta que mi papá me encontró.

—Ethan, ¿estás bien? —El llanto se me escapó, pero él me abrazó y comenzó a consolarme.

—¿Soy un monstruo, papá?

—Claro que no, mi pequeño. Los verdaderos monstruos son aquellos que te han excluido por el simple hecho de ser tú mismo. Lamento tanto haberte hecho sentir de esa manera. Te amo y no importa absolutamente nada. Prometo tratar de entenderte y protegerte. —Lo abracé más fuerte.

—¿Y mamá? —pregunté aún con lágrimas en los ojos.

—Ella te ama tanto como yo lo hago, pero trata de protegerte a su manera. No significa que lo que haya dicho esté bien, pero sabe lo cruel que este mundo puede llegar a ser. No obstante, ya no tengas miedo, de ahora en adelante estaremos para ti.

Luego de escuchar sus palabras, me tranquilicé y bajé con papá del cuarto. Hablé con mamá y ella se disculpó.

Finalmente comprendí que yo jamás había sido un monstruo y que ni siquiera había existido uno que me acompañara. Las personas le temen a lo diferente porque les es difícil entender la mente de quienes son distintos, por lo tanto, esperan que todos sean iguales. Sin embargo, si las diferencias no existieran, el mundo no sería tan diverso y colorido como lo conocemos hoy en día.

Mi vida en la escuela fue mejorando. Aunque ya no tenía la necesidad de juntarme con los chicos con el objetivo de fingir, de vez en cuando Nicolás y sus amigos me invitaban a jugar o a platicar. Con todo gusto aceptaba y pasaba un buen rato con ellos. El apoyo de mis padres fue lo que más me animó a dar la cara en todas las situaciones de discriminación que se me presentaran, pero siempre tratando de no recurrir a la violencia. También decidí hacer una campaña que promoviera la inclusión y la tolerancia.

Hoy debía dar un discurso en el salón deportivo de la escuela, así que subí al escenario, tomé el micrófono y empecé:

—La mayoría de las personas desconoce cómo tratar con alguien diferente a ellos, y no está mal que no lo sepan. El problema es si alguien no decide enseñarles o si ellos prefieren no tomarse la molestia de informarse. Las dos partes debemos trabajar unidas con el fin de crear una sociedad más incluyente y respetuosa, una donde nadie tema a ser quien es en verdad.

Fin

Unión de manos: camino a una redención

Fernando Angeles Escudero

Estudiante de Educación Media Superior a Distancia del estado de Hidalgo

En lo más profundo de mí pensé que todo llegaría a estar bien, pero no sé qué esperar. Me siento solo a pesar de que me gusta la soledad; siento que en parte me lo merezco. Lo que le hice a ella fue lo que me lleva a esto. Tal vez todo estará mejor sin mí. Solo debo cortar, no puedo hacerlo todavía. Desde que la vi, no he podido quitarme el peso encima llevo cargando desde hace años. Nunca pensé volver a verla y menos en ese lugar. Al darle su cuaderno, no me hizo sentir mejor.

Odio la escuela; simplemente cumplo con la misma rutina. No hablo con nadie, disfruto de mi soledad. Pienso que todos preferimos la soledad, pero nos da miedo que nos juzguen porque estamos solos, o tal vez es solo mi excusa porque no hablo con nadie. No es que me preocupe en cierta forma; diría que estoy acostumbrado. No veo ni los rostros de las personas. Lo que más me relaja es caminar; puedo pensar, sobre todo. Me gusta ver cómo comen las palomas; me gustaría ser como una de ellas: solo volar y comer, qué vida tan fácil. Normalmente el parque es tranquilo, solo que hoy había más ruido de lo normal. Un grupo de chicas parecía estar molestando a otra chica. La logré reconocer; iba en mi clase. Se llama Ana, es una niña amable, solo que tenía problemas con su peso, lo que la convierte en un blanco fácil para las burlas, especialmente de ellas, que disfrutaban burlarse de los demás. Y, como tienen una bonita figura, podían hacerla sentir mal. Supongo que tendría que defenderla, evitar que se burlen de ella, pero no es precisamente lo mío. Ella no haría eso por mí, supongo.

Simplemente debo voltear para otro lado y olvidar lo que pasa, perderme en mis pensamientos. No puedo; quiero hacer algo. Ella haría algo. Solo debo ir a hablar con ellas, detener todo. En mi cabeza suena fácil, puedo hacerlo.

Al final, no todo salió como esperaba. Intenté ayudar a Ana en lo que pude. Solo la saqué de ahí y nos fuimos los dos. Eso no va a evitar que se sigan burlando de ella, pero al menos la saqué de ese mal rato. Después de eso, la llevé a su casa y me lo agradeció. Tenía tiempo que alguien me agradecía por algo que hacía. ¿Se sintió bien? Busco mi redención; solo quiero paz.

Es domingo y está lloviendo. Me gustan los días lluviosos; es cuando pienso más. Recuerdo muchas cosas. Debería visitarla, es lo que pensaba. Podría ir el lunes después de clases; no está muy lejos el lugar donde está la preparatoria. Desde ese día me he sentido mejor. ¿Qué es ser feliz? ¿Estar bien cuando nada está bien o saber que está bien cuando no está del todo bien? Son dudas filosóficas que no pienso responder, pero siempre recuerdo lo que le hice y cuánto daño le causé. Me doy asco. Todos estamos aquí por algo. ¿Qué me deparará el futuro?

Otro día en la escuela, no sé si Ana se lleva más conmigo por lo que hice o si es su forma de agradecimiento. Es la primera vez que me relaciono tanto con alguien desde la secundaria. Se sentó a mi lado, comimos juntos y, al final, nos despedimos. Un día decente para después ir a verla. Me gusta caminar, ver el paisaje, escuchar música; me da una paz interior.

Llegué a donde estudia. Estoy nervioso; no sé ni qué decirle o cómo me voy a acercar a ella. De pronto la vi. Intenté acercarme, pero me paró un chico. Era bajo, de cabello largo; nunca lo había visto antes y dudo que me conociera. Me dijo que me fuera y que no la volviera a molestar. Me lo tomé a mal, pero lo acepté. Me fui preguntándome quién era ese chico.

Como ya no pude hablar con ella, invité a Ana a salir. Ella es una asocial como yo. Muchas personas no se quieren llevar con ella o simplemente les da pena por el hecho de que esté gordita. En lo personal, no me importa. Ana es una niña muy amable, muy buena persona. Fuimos al parque y le comenté lo que pasó. Ella me preguntó quién era ese chico y por qué no hice nada para hablar con él. No supe qué responderle, solo le dije que no era nada importante y que todo estaba bien, que iría al día siguiente a verla.

Como ya había dicho, al día siguiente fui a verla. Otra vez me encontré al mismo chico. Me impidió volver a verla. Pensé en confrontarlo, pero no quería problemas. Fui al mismo río al que siempre voy y me quedé pensando quién era el chico y por qué no me dejaba verla. Tal vez sabía lo que había pasado entre nosotros antes. Pensé en volver a salir con Ana cuando lo vi. Estaba parado enfrente de mí. Me dijo que la dejara en paz y que no volviera a ir, para después marcharse. No me quedaba más que aceptarlo, supongo. Regresé a mi casa por un camino más largo, disfrutando de caminar, cuando empezó a llover. Me resguardé de la lluvia y, cuando la vi, corría mientras la lluvia caía. No sabía qué hacer. Entonces me vio, unió sus manos y salió corriendo. Me quedé paralizado y regresé a casa entre la lluvia.

Necesitaba verla; sentía esa necesidad de comunicarme con ella. Al día siguiente, fui con Ana a donde se encontraba. Nos encontramos al mismo chico, que me impidió el paso. Ana empezó a discutir con él para que nos dejara pasar. Eso atrajo la atención de todas las personas que estaban allí, y crucé miradas con ellas antes de salir corriendo, hasta llegar al río. Ella me siguió, sacó el cuaderno que le había dado antes y me mostró algunas páginas de cuando éramos niños. Para unir al final, unió sus manos. También uní mis manos. Con lenguaje de señas intenté comunicarme con ella. Poco después llegó el chico y se llevó a Yelena.

Le conté a Ana lo que había pasado y me volvió a preguntar quién era ella. Entonces le conté todo, que todo comenzó cuando íbamos en la primaria. Llegó una niña nueva, Yelena. Ella era sorda y solo se comunicaba por medio de un cuaderno. Al principio solo me burlaba de ella, de que solo balbuceaba las palabras.

Era una niña lista; a corta edad aprendió a escribir y lenguaje de señas, pero no llegaba a pertenecer al grupo. Todos la veíamos como una carga y me aproveché de eso para burlarme de ella. Todo empezó como un juego de niños, pero poco a poco las burlas se hicieron más fuertes. Una niña se empezó a llevar con Yelena e igual cayó en nuestras burlas. No pudo aguantar todo lo que le hacíamos y se acabó yendo de la escuela, lo que dejó a Yelena sola. Solo que un día ella empezó a llevar audífonos. Ella, sin importar lo que le hiciéramos, quería comunicarse con nosotros. Sin embargo, nosotros seguimos con lo mismo. Yo le quité sus audífonos y los rompí. Pensé que todos se reirían y lo disfrutarían, pero entonces vi su rostro. Unas gotas de sangre salían de sus orejas y caían al suelo. Me culparon a mí de todo el acoso. No me justifico, pero todo el salón participaba en el acoso. Incluso la misma escuela no había actuado antes de que pasara algo más grave, y fue en ese momento cuando empezó mi verdadero sufrimiento. Aquellos amigos con los que me divertía molestando a Yelena me molestaron a mí, lo mismo que le hacía a ella. Lo empecé a vivir yo. Yelena no perdía las esperanzas de llegar a ser mi amiga. Cada vez que la veía, unía las manos. Yo solo la ignoraba o empujaba. Hasta que un día intentó unir mis manos, yo estallé y empecé a forcejear con ella, para empujarla e irme de allí. Al día siguiente, ella se había ido.

Las burlas allí no acabaron; todos los días viví lo mismo. En la secundaria, pensé que todo cambiaría, pero mi pasado volvió a mi presente y quedé como un acosador de una niña con discapacidad. Nadie quiso estar conmigo, por lo que empecé a estar solo y arrepentirme de lo que hice... Ana me abrazó y me dijo que todo estaría bien. Le devolví el abrazo y le dije que no se preocupara por mí, que gracias por ser mi amiga y que estaría bien. Me marché a mi casa y decidí todo.

Al día siguiente, tomé mis cosas, arreglé mis pendientes, me disculpé con mi madre por lo que hice y me fui. Intenté hablar con Yelena una última vez. Me detuvo el mismo chico de antes. Le dije que era importante, y él mencionó lo que le había hecho a Yelena y que lo que fuera a hacer ahora no arreglaría todo el daño que le había hecho. Le dije que lo sabía, que, aunque merecía morir, quería enmendarlas cosas. Él me dejó pasar y me dijo que cuidara a su hermana. Llegué con Yelena, tomé su mano y las uní como ella lo hacía, lo que significaba ser amigos. Le comuniqué lo que sentía por lo que le había hecho. Ella solo escribió que la perdonara por su situación y que gracias a ella yo estaba así. No sabía qué hacer y salí corriendo, sollozando.

Llegué al mismo río donde me volví a reencontrar con ella la primera vez. Le entregué su cuaderno, con el cual se comunicaba, siempre lo llevaba como un peso que siempre me seguía. Saqué la navaja, hice un pequeño corte, recordé cómo la sangre recorría su rostro, y entonces comenzó a derramarse. La veía en mis manos. Rojo, toda la sangre es roja sin importar de quién sea; al fin y al cabo, todo es lo mismo. Todos estamos hechos de sangre roja. Nadie se merece los tratos que le di a Yelena, lo que recibía Ana simplemente por tener más peso. Al final, todos tenemos sangre roja. Cuando iba a cortar la vena que me mataría, llegó Yelena. Me abrazó y unió mis manos.

Nueva visión de Londres

Ruth Celi Caldera Villegas.

Estudiante del Colegio de Bachilleres del estado de Durango

La noche era gélida, creando un melodioso contraste con la oscuridad que se esparcía como un manto sobre el cielo. Era lo suficientemente profunda como para bloquear toda visión que pudiera percibirse anteriormente de un hermoso cielo estrellado. Ya eran seis noches las que Mijael contaba desde que su trayecto comenzó. Inicialmente había partido en dirección a Londres para pasar el invierno en los territorios de la familia como vacaciones, aunque, a pesar de todo, no podía permitirse descuidar sus labores aristocráticas y responsabilidades como primogénito de una familia de gran prestigio. Por ello, terminaba usando las horas de viaje para trabajar en los papeles de una nueva adquisición de terreno cerca del área central de la ciudad.

El sonido de “¡Chuk-chuk-chuk!” producido por la locomotora del tren lo sacó de sus ensoñaciones, dándole un golpe de regreso a la cruda realidad, permitiéndole volver a percibir el chirrido de los raíles causado por la fricción de la vía bajo el peso de más de cien toneladas. Un suspiro pesado abandonó sus labios, formándose frente a su rostro una diminuta nube de vaho que se desvaneció, perdiéndose en el aire tan pronto como apareció, recordándole el inminente invierno cercano.

—Debería regresar a la cama, el clima está bajando rápidamente — mencionó una voz gutural detrás de él, perteneciente al hombre mayor de cabello canoso y expresión cansada, que recargaba parte de su peso sobre su hombro izquierdo contra el marco de la puerta entreabierta del vagón.

—Iré en un momento —respondió Mijael, permaneciendo en su lugar, frente al barandal metálico que lo mantenía a salvo de precipitarse a una caída de al menos 36 kilómetros por hora. La falta de movimiento detrás de él lo hizo incorporarse, girando sobre sus talones para encarar aquellos ojos azules con notorias bolsas de cansancio debajo que, a su vez, lo miraban con genuina preocupación, resplandecientes como faroles al escudriñarlo. Sabía perfectamente lo que le preocupaba, por lo que suavizó un poco su expresión antes de volver a hablar—. Estoy bien, puede retirarse a descansar.

El hombre de aspecto mayor hizo una mueca, no estando totalmente de acuerdo con lo que el joven de cabello azabache al frente le decía. Él mejor que nadie era consciente de las noches en vela que pasaba sin poder pegar un ojo, ya fuera por el estrés o la preocupación que se cernían sobre sus hombros. Tal vez se debiera incluso a la otra razón de su mudanza: en su anterior lugar de vivienda, un grupo de personas malintencionadas se había encargado de esparcir toda clase de chismes ridículos.

Relacionados con la sexualidad del aristócrata. Recalcando el hecho de que nunca había sido visto acompañado por una dama, ni siquiera en las celebraciones de gala, sin contar su personalidad distante hacia las damiselas que buscaban engatusarlo desesperadamente. Pretendía decir algo en contra de las palabras farsantes del joven a su cargo, pero una mirada sugestiva de parte de este fue suficiente para que se diera cuenta de que no había mucho que pudiera decir o hacer para mejorar los pensamientos que lo carcomían lentamente.

Chasqueando la lengua, gruñó un simple “bien” antes de adentrarse de nuevo en el vagón, cerrando la puerta tras de sí a regañadientes. Finalmente, el pacífico silencio exterior volvió, apenas perturbado por la corriente de aire que meneaba suavemente los cabellos azabaches de Mijael al compás del rumbo de su corriente uniforme.

Al cabo de solo unos minutos más, disfrutando de la tranquilidad de la noche, un escalofrío recorrió su columna dorsal, haciéndole estremecer débilmente en su lugar, percatándose de cuánto había bajado la temperatura, lo que lo llevó a abrazarse a sí mismo y a frotar sus brazos en busca de calor. Decidió entonces seguir a Henry dentro del vagón para evitar un resfriado.

A la mañana siguiente ya habían llegado a la estación central de trenes. La gente tomaba las pertenencias que llevaban consigo entre los brazos y empezaba a bajar de manera mayormente ordenada, al menos los adultos, ya que los niños, con hiperactividad retenida por los días de viaje, se abrían paso a empujones, corriendo entre la multitud para poder librarse finalmente de aquel agobiante lugar. Mijael acomodaba los botones de los puños de su camisa al lado de una de las pequeñas bancas de la estación (no sobre ella, sino más bien a un costado, ya que a su parecer estaban demasiado sucias para sentarse en ellas) mientras esperaba a que Henry, junto al resto de sus acompañantes, bajara el equipaje restante del vagón. Le permitió a su vista vagar por los alrededores cuando hubo terminado de arreglar sus botones. A su derecha, a pocos metros, un par de niños hablaban animadamente: uno de ellos sostenía entre sus manos un pequeño oso de juguete tallado en madera, enseñándolo con orgullo a su acompañante, que lo miraba con asombro, añorando jugar con dicho juguete también. Un movimiento más de lo normal logró captar su atención a la izquierda, cuando giró el rostro para observar cómo una mujer de unos 45 años, vestida con ropas caras de colores ostentosos y un peinado extravagante que hacía a Mijael preguntarse cómo lograba mantener su cabeza quieta sin inclinarse a los lados, movía las manos de manera agitada mientras gritaba palabras que no lograba distinguir, llamando la atención de la multitud alrededor, lo suficientemente curiosa como para detenerse a mirar.

Frente a ella había dos figuras: una mayor, de espaldas a él, que cubría a una pequeña figura que temblaba de miedo, aterrada por los gritos de la mujer. La expresión de Mijael se contrajo en confusión cuando vio que las manos de la figura menor sostenían algo con fuerza. Entrecerró los ojos para lograr enfocar de qué se trataba, sorprendiéndose al percatarse de que era solo un pan lo que apretujaba entre sus manos. Entonces se fijó en la forma de vestir de ambos: sus ropas estaban sucias y desgarradas, con manchas de suciedad y raspones en los tramos de piel visibles. Eran solo unos vagabundos con hambre.

La figura mayor parecía estarse disculpando por las acciones de la pequeña detrás de él, pero los gritos de la mujer solo parecían aumentar, probablemente convirtiéndose en insultos. Mijael miró entonces a su alrededor, pero nadie parecía dispuesto a ponerse del lado de los dos vagabundos. Al contrario, todos observaban la situación desde sus lugares: algunos con desinterés y otros con el asco plantado en su mirada, asco causado por aquellas dos personas que se apegaban entre sí, buscando cubrirse de... quizás todo, las miradas de desprecio, los insultos y los gritos.

Mijael no pudo soportar aquello más tiempo. Se enderezó en su lugar, dispuesto a caminar hacia la multitud, pero antes de poder avanzar, una mano se posó suavemente sobre su hombro para detenerlo. Cuando miró, vio que era Henry quien estaba a su lado. Este negaba levemente con la cabeza, diciéndole con la mirada que no lo hiciera, que no se involucrara. Por un momento, Mijael lo consideró: darse la vuelta y marcharse, dejando que aquello continuara. Después de todo, lamentablemente, era algo cotidiano la discriminación hacia ese tipo de personas. Pero solo pensar en ello hacía que su estómago se anudara y su cabeza palpitara dolorosamente. Después de todo, había llegado a ese lugar en busca de un nuevo comienzo, lejos de ese tipo de actitudes y pensamientos.

Alzó su mano para colocarla sobre la de Henry, que descansaba en su hombro, y la apartó con un pequeño apretón. Henry cerró los labios formando una línea recta, no muy convencido, pero no impidió que el azabache siguiera avanzando cuando lo hizo. Mijael se abrió paso entre la gente que se había amontonado alrededor. Al cabo de unos segundos, logró llegar hasta donde estaban las otras figuras. Ya en esa distancia, los gritos de la mujer eran comprensibles, así como agudos y aturdidores. Parecía que el trozo de pan que la criatura sostenía formaba parte del almuerzo de la mujer.

Aquello le pareció ridículo, al ver la cesta repleta de panes que descansaba a apenas un costado, a los pies de la mujer. Se adelantó, interponiéndose entre ambos, frente a los dos vagabundos, dispuesto a defenderlos. Los gritos de la mujer se detuvieron, y su expresión se contrajo en confusión al observar al aristócrata frente a ella.

—Disculpe —comenzó a hablar Mijael—. No comprendo del todo la situación, pero ¿podría dejar de levantar la voz a estos individuos en medio de la calle? Ambos sabemos que una mujer alzando la voz ostentadamente no es bien vista, salvo en una presentación de ópera.

Probablemente no tenía del todo la intención de dejarlo pasar fácilmente. La mujer finalmente miró a su alrededor, mostrándose avergonzada por la atención, apenas unos instantes antes de recobrar su actitud defensiva, incluso molesta.

—¡Esta gentuza me ha insultado! ¿Cómo podría mantener la calma ante esto? —se excusó apresuradamente, señalando a las personas detrás de él—. Una dama como yo, que no dispone de quien la defienda, tiene que hacer algo al respecto. ¡Esta gente son criminales sin modales que buscan aprovecharse de mi riqueza!

—¿Podría tomar un pan conllevar a dejarla en la pobreza? —cuestionó Mijael, alzando una de sus cejas, mientras el rostro de la mujer se ponía rojo de vergüenza y probable ira.

—¡Claro que no! Pero eso no significa que lo regales a personas de su tipo. Si tienen hambre, deberían conseguir un trabajo decente en lugar de venir aquí a incomodarnos a todos de esta manera.

Recibió algunos asentimientos y palabras de apoyo de parte de la multitud. Nadie quería a aquel par vagando por el metro mientras ellos llevaban consigo sus pertenencias; no se sabía qué acciones malintencionadas podrían realizar. Aquella situación hizo que Mijael apretara los puños con molestia e impotencia. Abrió la boca para replicar, pero un pequeño jalón en la manga de su camisa lo hizo bajar la mirada. Apareció en su campo de visión la pequeña figura que antes se escondía, devolviéndole la mirada con unos ojos expectantes, marrones, que creaban un tierno contraste con su piel de tonalidad similar. Se trataba de una niña de cabellos cobrizos y rizados; lucía realmente aterrada con la situación, aferrándose al brazo de Mijael, casi temblando.

No podía creer que existiera alguien capaz de tratar con tal crueldad a aquella pequeña. Sin decir palabra, llevó su mano libre hacia el bolsillo de su abrigo, rebuscando en este hasta encontrar su cartera. De ella, tomó un montón de billetes y los arrojó sobre el busto de la mujer, quien dio un grito ahogado, quedándose estática en su lugar. Mijael giró sobre sus talones, tomando a la figura mayor por el brazo mientras aún sostenía la mano de la pequeña, jalándolos detrás de sí para conducirlos fuera de la multitud, a un lugar más tranquilo, lejos de todo el gentío que los seguía con la mirada.

Una vez estuvieron fuera de la estación, se detuvo y liberó a ambos de su agarre. Se inclinó hacia adelante, apoyando las palmas de sus manos sobre las rodillas, tomando algunas bocanadas de aire para recuperar la respiración que, sin darse cuenta, había empezado a contener.

Escuchó un carraspeo que lo hizo enderezarse y girarse hacia sus acompañantes. Ahora que estaban fuera de la situación caótica, pudo prestar atención a su apariencia: la figura mayor era en realidad un joven moreno, algo robusto, que, para su sorpresa, le devolvía la mirada con unos hermosos ojos dorados. Algo verdaderamente inusual era que su cabello tenía exactamente la misma tonalidad. No se dio cuenta de lo fijamente que lo observaba hasta que el joven empezó a hablar, lo que hizo que Mijael volviera en sí, aunque sin apartar la mirada.

—Agradezco su ayuda —empezó a hablar el chico con una voz melódica, pasando su mano por los cabellos de la pequeña a su lado, quien le dedicó una sonrisa a cambio—. Y también lamento que haya tenido que desperdiciar su dinero en ayudarnos.

—No fue un desperdicio —se apresuró a decir Mijael, casi demasiado rápido. Bajando la mirada hacia la pequeña, se arrodilló sobre una de sus rodillas para estar a su altura—. Debes tener hambre. Tengo algunos pastelillos en casa. Si los quieres, son tuyos.

Ante esas palabras, el rostro de la niña pareció iluminarse. Sus ojos brillaron de manera deslumbrante, y su sonrisa se ensanchó hasta que Mijael pudo notar la ausencia de uno de sus dientes delanteros superiores. La ilusión que le causaba lo que el mayor le decía se evidenció cuando comenzó a asentir enérgicamente. Luego, levantó la mirada hacia el joven a su lado, como buscando su aprobación.

—No queremos causarle más problemas... —dijo el joven.

—Nunca dije que fueran una molestia —replicó Mijael.

—¿Eso no arruinaría su reputación? —preguntó el joven, con duda en sus palabras, como si temiera involucrar al aristócrata en más problemas por su hospitalidad hacia ellos.

—Dudo que mi reputación pueda ser peor en estos momentos — respondió Mijael con una pequeña sonrisa, mientras ofrecía su mano enguantada a la menor, quien la tomó sin dudarlo tan pronto como lo hizo. Luego, se puso de pie nuevamente y comenzó a caminar en busca del cabriolé que los llevaría a casa, sin dejar más opción al joven que seguirlos por detrás.

Durante todo el camino a casa, la melodiosa voz infantil de Kira resonaba contando historias y anécdotas. Algunas de ellas lograban esbozar una pequeña sonrisa en los labios de Mijael y una avergonzada en los de su acompañante, Kerioth, quien intentaba en vano que la niña no hablara demasiado, incluso tratando de cubrirle la boca, fracasando claramente en el intento. Durante la conversación, Mijael descubrió que no tenían parentesco alguno, pero que Kira y Kerioth se cuidaban mutuamente como si fueran familia.

Tan pronto como llegaron a la residencia, Mijael guio a Kira hacia la cocina. La pequeña, al ver los pastelillos, se apresuró a meterse varios en la boca, solo para atragantarse con las migajas y empezar a toser, obligándose a pasarlos con un vaso de leche recién ordeñada por los trabajadores de la casa. Después de que Kira terminó de comer, la nana de la casa se encargó de asear a los invitados y darles ropa limpia, desechando las viejas y raídas prendas.

Esa noche, mientras Kira dormía en una de las habitaciones, Kerioth se acercó a Mijael para agradecerle nuevamente por su ayuda. Estaba lleno de curiosidad sobre por qué Mijael había decidido ayudarlos. Cuando lo preguntó, se sintió algo desconcertado al recibir solo una vaga respuesta, antes de que el lugar sucumbiera al silencio. Después de lo que pareció una eternidad, Mijael habló nuevamente, pero esta vez para ofrecerle a Kerioth un trabajo como jardinero. A cambio, él y Kira podrían quedarse en su hogar, comer a su mesa y dormir bajo su techo. Era una oferta generosa que Kerioth no pudo rechazar, iniciando así una nueva etapa en su vida y, quién sabe, quizá también un nuevo comienzo.

Transcurridas algunas semanas, el “incidente” en la estación parecía haber sido olvidado por completo, y nadie más hablaba de ello. Mijael suspiró con pesadez detrás de su escritorio mientras dejaba una carpeta de archivos sobre una pila de documentos a su izquierda. Los dedos de su mano derecha trazaban círculos sobre su sien, intentando calmar la migraña creciente que solía atormentarlo debido al exceso de trabajo.

—Joven Jones —habló una voz a su costado, provocando que diera un pequeño respingo al estar distraído—. No era mi intención sorprenderle —una diminuta sonrisa se formó en los labios del mayordomo.

—Henry —respondió Mijael sin ánimos, acomodándose en su lugar, observando por el rabillo del ojo cómo Henry se acercaba para colocarse frente al escritorio. Mijael suspiró por quinta vez en el día, sabiendo que las próximas horas consistirían en una larga charla en la que Henry seguramente lo regañaría por algún nuevo rumor que circulaba sobre él en las calles.

Después de media hora, llevó la vista hacia la ventana y, de manera inconsciente, una sonrisa se formó en su rostro al ver al otro lado a Kira y Kerioth. Ambos intentaban arrancar una mala hierba del suelo, riendo cuando Kerioth, con un tirón, logró sacarla solo para caer de espaldas contra el suelo. Mijael regresó su mirada hacia Henry, dispuesto a contarle lo que acababa de ver, pero la mirada molesta del mayordomo lo hizo detenerse y dejar de reír al instante. Aclaró su garganta y se enderezó en su silla, mientras Henry resoplaba, como si intentara mantener la compostura.

Después de unas horas, finalmente despidió a Henry en la puerta de su oficina y salió tan pronto como pudo. Mentiría si dijera que había dejado de pensar en las críticas que recibía constantemente; no importaba cuánto trabajara o se esforzara por mantener las apariencias, siempre era atacado de una forma u otra.

Sin embargo, aquello ya no lo afectaba como antes. En algún punto había comprendido que nunca se puede hacer feliz a todos sin que alguien se moleste por ello.

Si basaba su vida en satisfacer a los demás y prestar atención a las críticas, solo lograría ser infeliz e insatisfecho, sin llegar a ser él mismo libremente. Quizá aún escuchaba los comentarios, pero eso no significaba que le importaran o le afectaran.

Sus pasos resonaron contra las piedras mientras caminaba hacia quienes había observado por la ventana. Al llegar junto a ellos, tomó la mano de Kerioth, quien le sonrió ladinamente antes de inclinarse hacia adelante y dejar un suave beso en su frente. Esto provocó una sonrisa en Mijael, que luego desvió su mirada hacia la pequeña Kira, quien jugaba con las herramientas de jardinería como si fueran parte de una civilización que solo ella podía ver.

Y ahí, dejando todo lo demás atrás, Mijael creó su propia visión del mundo y se permitió ser feliz en su nuevo inicio en Londres.

Hormiga roja

Jafet Manuel UC Antuna

Estudiante del Colegio de Bachilleres del estado de Yucatán

Parece que esto nunca acabará, alguien exclamó desde la trinchera. Un silbido hizo que nos despertáramos; la guerra tenía que continuar. La colonia que defenderé, mi hogar desde que tengo memoria era la más grande de la región. Digo “era” porque no hace mucho que empezó esta batalla y ya hemos perdido al menos un octavo de nuestro territorio, o al menos eso dicen. No nos ha afectado mucho, realmente. El “Gran Hormiguero de Hormigas Negras Número 19” siempre se ha mantenido firme ante las adversidades, y nuestra guerra contra las termitas no es una excepción.

No recuerdo el día que llegué aquí, es decir, ¿quién recuerda cuándo fue su nacimiento? Aunque claro, todos me han dicho que yo nunca nací aquí; “venir hice, así como la lluvia en verano o como las sequías... en verano”. Pero, a diferencia de la lluvia o la sequía que llegan y se van, yo me quedé. Y a pesar de todo, lucharé con orgullo para defender mi colonia.

El día de mi reclutamiento, mi madre trataba de esconderme. Ella no quería que fuera. Desde sus palabras: “¿Por qué irás a una guerra por aquellos que nunca te han tratado bien? Arriesgas tu vida por nada”.

Y, si bien puede que tenga razón —es decir, la frase de “venir hice, así como la lluvia o las sequías” no la mencioné por mero azar—, es algo que me han dicho y no precisamente como algo bueno. Me han dicho que, al igual que estos, yo también soy un fenómeno de la naturaleza. No por nada muchos se alegraron de que yo fuera uno de los varios reclutados para esta gran guerra.

A pesar de ello, de lo que dice el boca a boca y de los señalamientos, no todo es malo. La cultura del hormiguero, desde la música, pintura e historia, siempre me ha fascinado. Y claro, no todos han sido una basura conmigo. Como mi madre, una hormiga negra. Es por eso que le dolió mi partida, pero tal vez, solo tal vez, si vuelvo como un héroe para el hormiguero, finalmente verán de lo que esta hormiga roja es capaz. Al partir, le dije que tenía que estar en esta lucha. Ella me preguntó por qué me metía a otra cuando ya estaba en una interna.

Cuando llegué, vi a miles y miles de hormigas negras de distintas partes de la colonia; parecía un derrame de pintura negra, como una gran mancha oscura de tantas que eran. Mi sola presencia desentonaba completamente con el panorama. Todas me miraban con extrañeza, podía decir que hasta con asco. Solo me centré en mi camino; quería llegar al cuartel donde se encontraba el coronel. De la nada, una de las hormigas negras, una hormiga más grande que las demás, me bloqueó el paso.

—¿Y este cerezo? ¿Sabes que esto es una guerra? Solo las hormigas fuertes van —se dirigió a mí con tono burlón, como si él fuera un depredador y yo su presa.

—¡Yo soy fuerte! —exclamé con firmeza.

—Claro —dijo con un acento de ironía fuertemente marcado, mientras me observaba de arriba abajo.

—¿Qué tiene de divertido? —le comenté intrigado.

—¿Qué tiene de divertido? —exclamó siempre con esa acentuación burlona mientras me señalaba a mí y a los demás, como si tratara de decirme algo a través de una comparación.

Una hormiga, a la cual le faltaba una de sus patas, que era de las tantas que presenciaban el espectáculo, se metió en la plática.

—Chico, eres una hormiga roja, solo mira, eres más pequeño y escuálido que nosotros.

—¡Y roja! —agregó la gran hormiga, intentando volver a la plástica—. ¿Es una broma del coronel? ¿Qué es? ¿Vas a lanzar ese líquido que sueltan los de tu raza?

Todas las hormigas espectadoras empezaron a reír a carcajadas; nadie podía creer que una hormiga con la fisionomía promedio de una roja se atreviera a luchar en este sangriento conflicto. Era un suicidio. Mi mente empezó a divagar en el mar de risas que emergía, hasta que la seria y calmada voz de la hormiga sin un brazo me hizo poner mis patas en la tierra.

—Chico, ¿ves mi brazo derecho?

Yo, confundido por su pregunta, ya que se señalaba el área donde le faltaba el brazo, le respondí que no.

—¿Ves? Si eso me pasó a mí, imagínate lo que te espera a ti.

Solo seguí mi camino, total, era lo único que podía hacer en ese momento, hasta llegar al cuartel donde se encontraba el coronel.

No era de extrañar que durante el trayecto aún fuera el centro de atención. Incluso en el cuartel, varios soldados murmuraban sobre mi presencia. El coronel era una hormiga ya algo vieja, pero que nunca había perdido una guerra. Sin embargo, este conflicto lo había hecho verse titubeante y aún más demacrado. Sabía mi historia: mis padres, siendo hormigas negras, eran de la colonia.

—Hijo, ¿seguro que eres de aquí? —exclamó el general, viéndome con cara de intriga.

—Sí, señor, yo nací y viví en “El Gran Hormiguero de Hormigas Negras Número 19”. Así como mis padres, mis abuelos y los abuelos de ellos. ¿Por qué lo dice?

—Necesitamos hormigas grandes y fuertes para enfrentar a las termitas y, si bien ya estás en la edad de reclutamiento, aún estás a tiempo de regresar a casa.

Me dejó unos segundos para pensarlo. Lo miré firmemente y solo pude decirle: “Esta colonia es mi casa”.

Los días siguientes fueron difíciles, los entrenamientos arduos. Eran entrenamientos que parecían diseñados solo para hormigas negras. Pero nada era más difícil que lidiar con mis compañeros, que me trataban como si fuera una de las termitas enemigas. Realmente no les prestaba mucha atención; solo murmuraban y decían lo obvio, sobre mi color o mi físico. Hasta que un día, en el desayuno antes de que nuestro entrenamiento continuara, esa gran hormiga empezó a hablarme de nuevo. No le presté mucha atención; siguió haciendo comentarios sobre que soy roja, mi tamaño, que soy una anomalía por lanzar líquidos. Hasta que empezó a empujarme bruscamente. Me levanté y lo empujé para irme de allí, pero me detuvo y empezó a molestarme más.

—¿No que las hormigas rojas eran fuertes? —me dijo con ese tono burlón que siempre lo caracterizaba.

—¿No se supone que las termitas son el enemigo? Creí que defendíamos nuestra casa.

La gran hormiga me miró fijamente y, con una voz intimidante y firme, me dijo:

—Tú ni siquiera eres de aquí. No puedes llamarlo hogar, roja.

No resistí y, rabioso, me abalancé sobre él, dejando que mi furia fluyera. Un fuerte silbido me devolvió a la realidad. Era el coronel, quien enojado gritó, exigiendo saber quién había comenzado la pelea. Todos me señalaron como si fuera un criminal. Al intentar argumentar que fue en defensa propia, varios me negaron y dijeron que yo había empezado, e incluso afirmaron que no era la primera vez que causaba un disturbio. El coronel me miró con una mirada decepcionada. Sabía cuál era mi castigo: según el acta del ejército, cualquier atentado contra el batallón se castigaba con calabozo y, posteriormente, con el exilio.

Fue duro. El tiempo que pasé allí lo sentí eterno, hasta que una noche una explosión acabó con la monotonía que estaba viviendo. Eran las termitas; estaban atacando la trinchera, pero esta vez no venían solas. Las termitas se habían aliado con un grupo de avispas. Solo podía oír todo lo que sucedía e imaginarme la devastación. Hasta que todo fue silencio. La batalla había dañado la prisión donde estaba; sin pensarlo dos veces, decidí salir para ver el panorama. Todo estaba destruido.

Varios de mis compañeros estaban gravemente heridos. Pero aun con eso, todos sabíamos lo que iba a pasar: esas termitas tenían una ventaja, y no iban a parar hasta conquistar toda nuestra colonia.

Al ser prisionero, sobreviví al ataque, pero no me libré de mi castigo. Como era el único que estaba físicamente estable, me dieron una misión. El objetivo era claro: debía llevar el mensaje a la trinchera aliada de que el enemigo se había aliado con un grupo de avispas.

—No pongan a una hormiga roja para el trabajo de una hormiga negra —exclamaban varios del pelotón.

—Sí, incluso yo sin dos patas llegaría antes que este cerezo —dijo una débil hormiga negra, que apenas podía completar una oración.

—Claro, porque tú sí llegarías con vida —reían al unísono todo el pelotón.

El coronel, una hormiga negra ya algo vieja, pero tan sabia como experimentada, nunca tomaba decisiones a la ligera, incluso en una situación crítica. Me miró y, con tres palabras, supe lo que tenía que hacer:

—Confío en ti —me dijo, y me entregó un escrito suyo.

Me embarqué en un largo viaje hacia la trinchera aliada. No podría asegurar cuánto tiempo pasó, pero llegué a pensar que no lo lograría, hasta que vi a lo lejos el gran hormiguero que servía de base para los aliados. Cuando llegué, no pensaban que fuera uno de ellos. Al encontrarme con el teniente, este no quiso escucharme hasta que le mostré la carta, donde se indicaba que las termitas tenían avispas de su lado. El teniente, en shock, pensó rápidamente en una idea antes de que el ataque comenzara. La estrategia era abalanzarse directamente contra las avispas, utilizando escaleras de hormigas para derribarlas, además de lanzar piedras y otros objetos. Cuando estaba por retirarme, me dijo que me quedara al frente junto a ellos. Dudoso, no entendía el porqué de su decisión.

—Solo usa el líquido que generan los de tu especie —me explicó.

En ese momento, un fuerte estruendo sonó. Era el zumbido de una avispa. No había tiempo, y el teniente comenzó a gritar órdenes a todos. Yo estaba en shock, hasta que una de las avispas estuvo frente a mí. Reaccioné y solo... empecé a lanzar el líquido, primero a una, luego a otra, y luego a varias más. Las avispas caían al no poder moverse. Las hormigas negras avanzaban sobre las que yo no alcanzaba a derribar. Sin darme cuenta, gran parte del ejército enemigo estaba derrotado. Un silencio invadió el terreno; sentía que los ojos del mundo se enfocaban en mí. Pero el silencio se rompió al empezar a escucharse los primeros aplausos, que se convirtieron en alabanzas.

Decidí quedarme en ese batallón, luchando hasta que ya no pude más. Al terminar mi servicio, la guerra continuaba, pero fui conmemorado por mis valientes acciones.

Cuando regresé a casa, mi sorpresa fue tal que el trato de muchos seguía siendo el mismo. Aunque, viéndolo bien, varios ya empezaban a respetarme más. Eso no quitó que algunos continuaran molestándome o despreciándome. No obstante, ya no me importaba. Yo sabía lo que había hecho, y ellos, en el fondo, también lo sabían. Los había salvado.

El diario de una marginada

Karina Trinidad Maldonado

Estudiante del Colegio de Bachilleres del estado de Hidalgo.

Esto no debió terminar así, tú en un auto rumbo al aeropuerto y yo corriendo tras de este bajo la lluvia. Me canso de correr, me detengo, y es entonces cuando siento la fría lluvia sobre mí, mojándome por completo. Es entonces que me doy cuenta de que te he perdido. Pero esto no debió ser así, no tenía por qué ser así.

Todo comenzó en la secundaria. Te conocí al comienzo del curso y me di cuenta de que eras alguien muy alegre. No nos hablábamos, y tú te burlabas de mí por ser distinta. Pasaron tres años de secundaria en los que viví maltratos y abusos. Pasé ese tiempo oyendo insultos como:

- No deberías estar aquí...
- Ni siquiera deberías estar viva...
- Eres una desgracia...

Y cosas por el estilo. Realmente no les tomé importancia al principio, pero cuando tú te uniste, fue cuando mi corazón se rompió en mil pedazos. Justo tenías que hacerlo cuando te confesé mi amor. Tus palabras aún resuenan en mi mente:

- ¿Quién podría estar con un monstruo como tú? Con alguien tan detestable —me dijiste.

En eso tenías razón, soy un monstruo. Y se los iba a demostrar a todos aquellos que me hicieron daño. Comenzaría por la raíz del problema. Empezaría por Ana. Por su culpa comenzó mi infierno, así que, ¿por qué no regresarle el favor?

Comencé siguiéndola, aprendiendo su horario. Era popular y siempre estaba rodeada de gente, así que sería difícil verla sola, pero un día tuve una oportunidad. Recuerdo que su entrenamiento se atrasó y salió más tarde de lo común. La seguí por un tiempo sin que se diera cuenta de mi presencia. No lo negaré, disfruté oír su voz temblorosa preguntar:

—¿Hay alguien ahí?

Pero fue demasiado tarde para que al menos corriera por su vida. Al día siguiente se dio la noticia de su desaparición, y dos semanas después se anunció su muerte en las noticias. Los reporteros informaban que atraparían al culpable. En la escuela se le hizo un homenaje, como si de una heroína se tratara.

Hubo un punto en el que pensé en hacerte caso y seguir tus “consejos”, pero no lo hice porque algo o alguien no me lo permitía. Al final de cuentas, eso es lo que ellos querían, y no les iba a dar el gusto. Después de todo, esto comenzó cuando el chico que le gustaba a Ana empezó a hablarme. Lo recuerdo muy bien. Comenzó a hablarme para que le pasara algunos trabajos, y luego lo hizo simplemente por gusto. Después de un tiempo, nos hicimos amigos.

Estuvimos la mitad del año juntos hasta el día que descubrieron nuestro secreto, tu secreto, por el cual yo pago las consecuencias. Tú no lo resististe y preferiste dejarme sola cuando prometiste no hacerlo, cuando prometiste estar a mi lado sin importar nada. Recuerdo claramente tus últimas palabras, pero solo una frase quedó grabada para siempre en mi mente:

—La muerte no es un tormento, sino el fin de todos ellos.

Otro recuerdo me azota, y el dolor en mi corazón se hace presente. El gran dolor que sentí al verte tirado, lleno de sangre... sería imposible creer que hace solo unos momentos logré hablar contigo, pero ahora solo estaba tu cuerpo inerte frente a mí.

Si no hubiera sido por eso, tú ahora estarías aquí junto a mí. Pero todo fue culpa de la fastidiosa de Alexa. Ella se encargó de revelar ese secreto nuestro, de extender el chisme de que eras gay e incluso tenías un novio en otra escuela. Eso se propagó rápido, como si de una gripe se tratara. Todos se enteraron de esa verdad. Cada vez que pasabas por los pasillos te insultaban, te veían como a un bicho raro. Y es por eso que yo te voy a vengar. La siguiente en morir será la fastidiosa de Alexa. Será fácil deshacerme de ella, de eso me encargaré.

Cuando terminaron las clases, la seguí. Fue fácil deshacerme de ella. Cada vez que salía de su casa e iba a la escuela seguía el mismo camino, y en ese mismo camino había un arroyo. Me fue fácil golpearla en la cabeza y arrojarla en ese arroyo. Quien la encontrara pensaría que se resbaló y cayó. Y así fue. Al día siguiente, nos dieron la noticia de que Alexa fue encontrada en la orilla del arroyo con un golpe en la cabeza, y lo mejor de todo es que nadie sospechaba de mí.

Mi siguiente objetivo sería Allison. A ella no la mataría, la volvería loca. La atormentaría, como ella lo hizo conmigo. No fue sencillo. Primero la hice sentir miedo, mucho miedo, enviándole notas que decían cosas como "Sigues tú" o "Tú eres la siguiente". También comencé a seguirla. En menos de dos semanas, ya estaba cayendo en la locura. Llena de histeria, se ponía agresiva con facilidad. Dos días después la dieron de baja del colegio, porque sufría ataques de pánico o algo parecido.

Pasaron varios días y dejé de verte. Supongo que fue para mantenerte seguro, pensando que te pasaría lo mismo que a las demás, pero no será así, yo no lo quiero. Tengo algo reservado para ti. Cuando al fin volviste a la escuela, todos te preguntaban por qué te habías ausentado durante tanto tiempo. Tu respuesta solo fue:

—Fue por un resfriado.

Comencé siguiéndola, aprendiendo su horario. Era popular y siempre estaba rodeada de gente, así que sería difícil verla sola, pero un día tuve una oportunidad.

Recuerdo que su entrenamiento se atrasó y salió más tarde de lo común. La seguí por un tiempo sin que se diera cuenta de mi presencia. No lo negaré, disfruté oír su voz temblorosa preguntar:

—¿Hay alguien ahí?

Pero fue demasiado tarde para que al menos corriera por su vida. Al día siguiente se dio la noticia de su desaparición, y dos semanas después se anunció su muerte en las noticias. Los reporteros informaban que atraparían al culpable. En la escuela se le hizo un homenaje, como si de una heroína se tratara.

Hubo un punto en el que pensé en hacerte caso y seguir tus “consejos”, pero no lo hice porque algo o alguien no me lo permitía. Al final de cuentas, eso es lo que ellos querían, y no les iba a dar el gusto. Después de todo, esto comenzó cuando el chico que le gustaba a Ana empezó a hablarme. Lo recuerdo muy bien. Comenzó a hablarme para que le pasara algunos trabajos, y luego lo hizo simplemente por gusto. Después de un tiempo, nos hicimos amigos.

Estuvimos la mitad del año juntos hasta el día que descubrieron nuestro secreto, tu secreto, por el cual yo pago las consecuencias. Tú no lo resististe y preferiste dejarme sola cuando prometiste no hacerlo, cuando prometiste estar a mi lado sin importar nada. Recuerdo claramente tus últimas palabras, pero solo una frase quedó grabada para siempre en mi mente:

—La muerte no es un tormento, sino el fin de todos ellos.

Otro recuerdo me azota, y el dolor en mi corazón se hace presente. El gran dolor que sentí al verte tirado, lleno de sangre... sería imposible creer que hace solo unos momentos logré hablar contigo, pero ahora solo estaba tu cuerpo inerte frente a mí.

Pero la verdad era otra, y yo lo sabía. Tenías miedo, porque eres el único que sabe que yo soy la causante de esos asesinatos. Sabes que fui yo quien volvió loca a Allison, y eras consciente de que tú eras el siguiente en mi lista, por esa humillación, por haberme roto el corazón de la peor manera.

Si somos sinceros, tú has sido el que más ha sufrido, ya que me encargué de dejarte pistas solo a ti, pistas que solo tú podías ver.

Pasaron unas semanas, y te confiaste, ya que dejé de asistir al colegio. Creíste que el remordimiento se había apoderado de mí, pero grande fue tu sorpresa al verme en la escuela un viernes por la mañana, caminando por los pasillos como si nada. El día transcurrió normal para mí, pero no para ti. Cuando sonó el timbre de la salida, rápidamente te dirigiste a la oficina de la directora para darte de baja de la escuela, pero lo escuché todo. Así que puse mi plan en marcha.

Cuando saliste de la oficina de la directora, yo te estaba esperando en un pasillo. Tu cara reflejaba miedo puro, tal vez por el arma que llevaba en mis manos, o por el destino que te esperaba. Comenzaste a correr por los pasillos, y yo corrí tras de ti. Corríamos por todos los pasillos hasta que llegaste a la salida. Cuando estuviste fuera, cerraste la puerta desde afuera, impidiéndome salir. Cuando traté de abrirla, me di cuenta de que estaba trabada.

Al ver que no pude salir, empezaste a correr y alejarte rápidamente. Me dirigí a la salida trasera, pero para cuando salí, tú ya no estabas. Sin embargo, yo sabía dónde estabas. Me dirigí hacia tu casa, y efectivamente, estabas adentro haciendo tus maletas. En un momento, te diste cuenta de mi presencia a través de la ventana. Tu cara de pánico me recordó a las de Alexa y Ana. Aunque no eras la misma persona, tu expresión, llena de terror y miedo puro, me recordaba a la de ellas.

De un momento a otro, tomaste tus maletas y te dirigiste afuera de tu casa. Comenzaste a meterlas en el auto de tus padres. Yo solo te observaba, realmente no tenía planeado hacerte nada, pero tenías que salir con tus palabras hirientes. Fue entonces que la ira se apoderó de mí, y comencé a perseguirte. Entraste en el auto, lo encendiste y comenzaste a conducir. Corrí tras el auto.

Y ahora estamos donde empezamos: tú en un auto rumbo al aeropuerto y yo corriendo tras de este, bajo la lluvia.

Flip no puede comunicarse

Karla Nallely Herrera Hernández

Estudiante del Colegio de Bachilleres del estado de Campeche

Flip había llegado al planeta Flod, ya que, si algo disfrutaba Flip, era conocer y aprender sobre nuevos lugares. Sin embargo, esta vez era diferente, pues nunca había explorado más allá de su planeta. Por esa misma razón, esperaba con ansias conocer el planeta Flod y, sobre todo, a las demás criaturas.

Comenzó dando un pequeño recorrido por las calles, y lo primero que notó fue lo diferentes que eran los Flod en cuanto a apariencia. Mientras que Flip era de estatura baja, en forma de pera y de color azul, los Flod eran de color verde, con cejas en forma de triángulo, ovalados y altos. Así que Flip no tardó en ser el centro de atención. Después de recorrer un poco el lugar, decidió que era hora de ir al sitio donde se quedaría. Se acercó a uno de los Flod para pedir ayuda, haciendo su sonido característico de comunicación: "Flid Flid". El habitante lo miró algo confundido y no pudo evitar observar a Flip de pies a cabeza, analizando su físico. Finalmente, el Flod respondió con un tono molesto: "Flod Flod", para luego retirarse de la escena, dejando a Flip solo.

Flip se sintió triste por la manera en que lo había tratado aquel Flod, pero no iba a rendirse. Así que pidió ayuda a muchos otros habitantes, pero lamentablemente la respuesta siempre era la misma: solo un "Flod Flod" antes de marcharse.

Desanimado, Flip caminaba por las calles cuando, a lo lejos, vio a un grupo de Flods reunidos en círculo, como si observaran algo. Flip, aún temeroso, se acercó para mirar, y para su sorpresa, se encontró con un artista callejero que hacía pinturas con aerosol.

Todos los Flod estaban asombrados por la habilidad y el talento del artista, quien realizaba pinturas hermosas. Una vez que la multitud comenzó a dispersarse, Flip se acercó con curiosidad a observar aquellas pinturas, las cuales parecían hechas por algún pintor famoso. Pero notó algo en ellas: una firma que decía "Flod". El artista lo observó por unos momentos, analizando su apariencia y comportamiento. Luego, se acercó a Flip para saludarlo con su característico "Flod Flod".

Flip, con una expresión triste, negó con la cabeza, haciéndole entender al artista que no podía entender lo que decía. Flod asintió, y quedaron en silencio por un momento. Entonces, Flip decidió retirarse, pero antes de hacerlo, Flod lo llamó diciendo nuevamente: "Flod Flod". Flip se dio media vuelta para mirarlo, solo para llevarse una gran sorpresa.

Flip miró cómo Flod dibujaba algo en un pedazo de papel rápidamente, y una vez terminado, Flod levantó su dibujo. En él se podía apreciar el planeta Flip, con Flip a un lado; a la derecha estaba el planeta Flod, acompañado de un signo de interrogación. Todo esto con el fin de preguntarle por qué estaba en el planeta Flod si su planeta era el planeta Flip. Flip, pese a todo, entendió lo que el Flod quería comunicarle y se sorprendió por la manera en que había encontrado para comunicarse. Temeroso, Flip tomó un lápiz y comenzó a dibujar unas maletas y una nave dando vueltas por un planeta, tratando de decir que estaba ahí porque le gustaba viajar. Flod asintió y le dedicó una sonrisa en señal de bienvenida, a lo que Flip, entusiasmado, respondió de la misma manera. Entonces, se le ocurrió preguntar sobre su hospedaje; revisó en su mochila y encontró el *ticket* del lugar donde se quedaría. Flod sonrió y le hizo una seña para que lo siguiera.

Después de caminar un rato por las calles de aquel planeta, llegaron a un edificio, el cual Flod señaló antes de entrar, seguido por Flip, quien estaba asombrado por la estructura del lugar.

Pero un "Flod Flod" lo sacó de sus pensamientos, lo que hizo que fuera con Flod hasta la recepción. Allí, la recepcionista miró con cierta rareza a Flip, quien sacó su ticket de la habitación donde se hospedaría. La recepcionista, algo desconcertada, negó con la cabeza y le devolvió el ticket a Flip, que quedó confundido por su acción. Con la cabeza baja, Flip acercó su mano para tomar el ticket, pero fue interrumpido por Flod. Entonces, inició una discusión entre Flod y la recepcionista, quien parecía cada vez más molesta y lanzó una mirada de desagrado hacia Flip. Finalmente, tomó el ticket, le puso un sello y señaló el ascensor.

Flip y Flod subieron al ascensor, que los llevó hasta el piso 7, donde encontraron un pasillo con puertas numeradas. Flip miró su ticket y se dirigió al número que este le asignaba. Una vez parados frente a la puerta número 40, que correspondía a la habitación de Flip, Flod señaló la ventana que daba hacia el exterior, lo que hizo que Flip asintiera con la cabeza, comprendiendo lo que le quería decir. Flod se despidió con una sonrisa y un apretón de manos. Flip, curioso por la decoración de su habitación, entró. Se asomó por la ventana y vio a Flod cruzando la calle.

Al día siguiente, Flip se despertó con el ruido de los autos que transitaban y tocaban sus bocinas una y otra vez por el tráfico. Se bajó de la cama, se lavó los dientes y, cuando estaba a punto de sentarse a ver una de sus series favoritas, un sonido lo devolvió a la realidad: no era nada menos que su estómago gruñendo de hambre. En ese momento recordó que no tenía nada para comer, así que tendría que salir a comprar. Sin embargo, surgió nuevamente la inseguridad de no poder comunicarse, pero entonces recordó a Flod y su manera de interactuar con él. Así que, antes de salir, se preparó.

Flip, decidido, salió de su habitación y fue a una cafetería que le había llamado la atención durante su recorrido. Al llegar, se encontró con Flod en la barra, lo que tomó a ambos por sorpresa e hizo que se rieran de la situación. Flod sacó papel y lápiz, dibujando un signo de interrogación para preguntar qué iba a pedir.

Flip, por su parte, sacó unos dibujos de su mochila, los cuales Flod observó con asombro y curiosidad. Entre los dibujos, encontró uno de un sándwich y otro de un café con leche, lo que dio a entender a Flod que eso era lo que Flip quería. Flod asintió, y en menos tiempo del que Flip imaginaba, su pedido ya estaba listo. Flip agradeció con una reverencia, y Flod respondió con una sonrisa.

Flip sacó otro dibujo, esta vez preguntando a Flod qué hacía allí. Flod respondió ilustrando los días de la semana y señalando que de lunes a viernes trabajaba en la cafetería, mientras que los fines de semana hacía pinturas en aerosol. En ese momento llegó otro cliente, quien miró con extrañeza los dibujos sobre la barra y fijó su mirada en Flip. Este, al verlo, recogió rápidamente sus dibujos, pero el cliente lo detuvo, señalando uno donde estaba dibujado el planeta Flip. Señaló a Flip y preguntó si ese era su planeta, a lo que Flip asintió con la cabeza. El cliente sonrió y, entre los tres, comenzaron a mantener una conversación a través de dibujos y señas, sin darse cuenta de que estaban creando un nuevo tipo de comunicación.

Los tres amigos conversaban alegremente cuando llegó otro cliente, que era diferente a ellos: era circular, tenía mucho pelo, y su color característico era el rojo. Cuando habló, pronunció un temeroso "pat pat". Los tres amigos se miraron entre ellos y sonrieron, ya que sabían qué hacer. Así que invitaron al nuevo "pat pat" a unirse a su conversación, curiosos por conocerlo y ser su amigo.

FIN

POESÍA

Tejedores de historias: migrantes en el libro de la vida

Andy Silvino Alejo Martínez

Estudiante del Colegio de Bachilleres del estado de Yucatán

En la travesía de la migración, se entreteje el éxodo humano,
un relato vasto de rostros errantes y sueños entrelazados,
donde las fronteras, como líneas difusas en el horizonte,
dibujan el mapa de historias que buscan ser abrazadas.

En la filigrana de la diáspora, el ser se despliega,
un caleidoscopio de culturas que convergen,
donde la otredad es la melodía que une
en la partitura universal del anhelo y el cambio.

La mirada ajena, como un faro incierto, ilumina y cuestiona,
construyendo muros de prejuicio y desconcierto,
mientras el migrante, nómada de esperanzas,
teje en su equipaje las raíces de su propio encuentro.

La sociedad, cual observadora pasajera,
se asoma al caleidoscopio humano, diverso y vibrante;
en el desafío de lo diferente, se halla la enseñanza,
y la migración se convierte en un viaje hacia la abundancia.

En la penumbra de la transición, el viajero reflexivo
se sumerge en la adaptación, en el océano de la incertidumbre,
donde las olas de la adaptabilidad rompen contra la orilla
y escribe en la arena de la resiliencia su propia epopeya.

Que el poema sea un testimonio de comprensión y empatía,
una oda en verso a la riqueza de la diversidad migrante,
donde las fronteras se diluyan ante la humanidad compartida
y florezca la unidad en el jardín de la tierra compartida.

Ya p'abatik (Tselta)

Antonia Santiz Cruz

Estudiante de Educación Media Superior a Distancia del estado de Chiapas

Te lumiltokal ya suinon,
ya jik yúun sikil ak'obal,
ya tam jachel te chulel te majnabesbae.

¿Bistuk kuxinemat jichimine?
ants' Tzeltal,
¿binti util kuxinematixtel?
Te bechil ya skapsba sok xkixnal te tula
ik te xkuxlejal total name y te melku
mamel.

Maxa cha jalixte poko naje, jaxa lut
jachel te lekil kuxinde, ak'a te ilel
te sita welaw.

Te snukulel ye te tul winik, ya
xibey,
¿te yalel kotanuk k'onta yalele?,
jauk meta kich'a ja sitil chapix
stubilal ay ta balumilale.

Ta jupal kop ya kon kal, sok te
yik le pome, cho' jabel ja tukel
jabí.

Ya kan pas kechen, ta sbalel
kinal
te mayukanix bay la kanae.

Discriminación

La neblina me acompaña,
respiro el frío aliento de la noche,
recojo mi preciosa alma
de los prejuicios morales.

¿Por qué vives así,
mujer Tzeltal?
¿Cuál es tu historia?
Tu rebozo envuelve el aire adolorido
de la historia pasada de tus abuelas.

No tejes el mismo hilo antiguo;
borda tu propio destino,
muestra tu rostro.

Género odiado por el hombre,
su labia da miedo,
¿qué más necesito entonces,
si tengo esa belleza que anhela el mundo?

Cada palabra
pronunciada, con el aroma
del incienso, expulsa tu ira.
Trato de reparar las heridas del universo,
que nunca quise amar.

El idioma del amor

Erik Ilan León Velázquez

Estudiante del Colegio de Bachilleres del estado de Hidalgo

¿Cómo podemos hablar el idioma del amor?
Cuando la violencia
fue nuestra lengua materna.

¿Cómo podemos hablar el idioma del amor?
Si cada vez que lo decíamos,
se burlaban.

¿Cómo podemos hablar el idioma del amor?
Cuando decir "te amo" es un acto de valentía.

Qué bonito sería poder hablar el idioma del amor,
libre de miedo.

La sombra de mi nopal

Nadia Vanesa Marin Arellano

Estudiante del Colegio de Bachilleres del estado de Querétaro

Arañé mi cobardía,
con la mugre entre mis uñas,
me deshice de las burlas,
no volví más a la muñeca rota.

El sol se enreda contra mi piel,
me quema,
me insultan,
se acobardan.

Vi más allá de lo que mis ojos cenizos
creían,
lo que mis huaraches rotos
no me impedían.

Mi cartera siempre me falló,
mi corazón no se equivocó,
que yo soy mi único salvador.

El polvo habla desde mi ser
y mi hambre,
símbolo de mi raíz,
con aquellos rastros de ti y de mí.

Las huellas que dejaré,
desde mi suciedad,
arrastrándome a la tempestad,
se va la soledad al verme entrar.

El clavel entre mi oreja,
el nopal puesto en mi frente,
mi alma en mi tierra,
mis ganas de vivir.

The background is a solid light blue color. It is filled with various letters, numbers, and symbols in different fonts and colors. The colors include dark blue, light blue, and white. The letters and symbols are scattered across the page, creating a textured, typographic effect. Some letters are large and bold, while others are smaller and more delicate. The overall composition is abstract and artistic.

ENSAYO LITERARIO

¿Y los cristianos?

Lizbeth Molina Rodríguez

Estudiante del Colegio de Bachilleres del estado de Zacatecas

“Serán señalados y rechazados a causa de ser mis seguidores”. Esto decía mi pastor, y la verdad, nunca creí que pasaría. Hasta que, en sexto de primaria, comenzaron las burlas. Mis compañeras decían todo el tiempo: “Ah, pero tú no puedes hacer esto porque eres cristiana, ¿verdad?” o “Te invitaríamos, pero los cristianos no pueden hacerlo”, entre muchas otras cosas. Cada vez me excluían más, y comencé a sentirme sola y sin amigos. La verdad, me acostumbré, solo fue cuestión de tiempo.

Solo tuve una mejor amiga, Ashley. Ella llegó cuando todas mis amigas en primaria dejaron de hablarme, y hasta la fecha Ashley sigue siendo mi mejor amiga. En la preparatoria, el rechazo continuó. En cuanto se enteraron de que era cristiana, mis compañeros un día llegaron a donde yo estaba durante la hora de comer y comenzaron a decirme que yo era “la aleluya”. Me preguntaban si me creía muy santa o por qué no hacía lo que ellos hacían. No solo fue eso, también comenzaron los comentarios en el salón. Aunque ya estaba acostumbrada, hubo un punto en el que deseaba dejar de ir a la escuela, dejar de estudiar. Comencé a creer que tal vez mi vida sería mejor si Dios no estuviera en ella. Estuve a punto de caer en depresión. Hasta que mi tía me contó cómo salió adelante a pesar de las burlas. Ella me dijo que fue todo gracias al Señor.

Esta fue mi historia, y cómo lo superé. Todo fue gracias a Dios. Él nunca me dejó ni desamparó, y envió a las personas correctas como fuente de apoyo para poder salir adelante. Y es que pocos hablan de esto, pocos hablan del rechazo hacia las personas cristianas. En pleno siglo XXI sigue existiendo.

No solo a los cristianos, sino también a jóvenes de cualquier otra religión que viven y muestran su amor por su dios, o por la cultura de estas mismas religiones. Por favor, abramos la mente. No tenemos que estar en China o en Corea del Norte para que se reconozca que, en las escuelas, incluyendo las preparatorias, sigue existiendo este tipo de discriminación.

Entonces te preguntarás, ¿cómo es que si esto sigue ocurriendo no me he dado cuenta? Aquí te dejo la respuesta. Verás, la mayoría de los jóvenes en las escuelas no son cristianos, protestantes, adventistas, etc. Esto significa que son minorías. La población cristiana protestante en México, según datos del INEGI, solo es del 7.9%. Las minorías no solemos hablar de las situaciones por las que pasamos por varias razones:

- Miedo a no ser escuchados.
- Miedo a que se burlen de nosotros.
- Miedo a que se nos juzgue.
- Miedo a que no nos crean.

Porque nosotros mismos creemos que el problema, en este caso las agresiones y burlas, no es lo suficientemente importante. Porque no conocemos a alguien que haya pasado por esto y haya levantado la voz. Como vemos, son múltiples las causas por las cuales normalmente no escuchamos que esto pasa, pero eso no significa que no pase.

Vivimos tan encerrados en nuestro propio mundo que no nos damos cuenta de que estas minorías no son atendidas, no son escuchadas ni tomadas en cuenta, y pasan desapercibidas la mayoría de las veces. Y no hablo de algo que no conozca.

No les estoy hablando de algo que no haya vivido. Les hablo de algo con lo que he aprendido a vivir toda mi vida, y no solo yo, sino también personas de mi familia y algunos amigos de la iglesia. Si le preguntas a una persona cristiana que está en la escuela o que haya estado, te darás cuenta de que en algún momento se han burlado de ella (a menos que haya estado en una escuela evangélica). Tampoco aseguro que el 100% de los estudiantes cristianos o de otras religiones haya pasado por esto, pero me atrevo a afirmar que la mayoría sí.

Muchos cristianos protestantes hemos pasado por la exclusión social, no solo en la escuela, sino también en nuestra vida cotidiana, con nuestros amigos, vecinos o conocidos. Considero que es fundamental y sumamente importante que se hablen y aborden estos temas, para que los jóvenes que pasan por ello conozcan del tema y se apoyen con confianza en los docentes y directivos escolares. Es importante que se tomen en cuenta estos casos en las escuelas. Si me preguntas qué le diría a un joven que está pasando por esto, mi respuesta sería la siguiente:

No hay nada malo en ti, no estás haciendo nada mal. Debes tener fe en Dios y confiar. No debes rendirte. Alza tus ojos al cielo y entonces sabrás que todo está bien. Apóyate en tus amigos, en tu familia, o háblalo con las autoridades escolares para que no permitan este tipo de trato hacia ti, porque no es algo normal ni algo que debemos permitir. Tenemos libertad religiosa, tenemos libertad de culto, tenemos derecho a ser respetados, incluidos y escuchados. Confía en el plan de Dios; Él siempre tiene un propósito, incluso en los momentos difíciles.

La intolerancia religiosa puede originarse de paradigmas mal fundados o estereotipos arraigados. En las escuelas es muy común que las mayorías intenten humillar o burlarse de las minorías que parecen débiles o vulnerables. Incluso muchos jóvenes cristianos, en casos extremos llegan a negar su propia fe. La discriminación es una sombra oscura que nubla la luz de la libertad religiosa. Pongámosle un alto.

Salmos 91:1: "El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente."

Salmos 91:2: "Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré."

Salmos 91:3: "Él te librá de lazo del cazador, de la peste destructora."

Salmos 91:4: "Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro; escudo y adarga es su verdad."

Salmos 91:5: "No temerás el terror nocturno, ni saeta que vuele de día,

Salmos 91:6: "ni pestilencia que ande en oscuridad, ni mortandad que en medio del día destruya."

Salmos 91:7: "Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; más a ti no llegará."

Salmos 91:8: "Ciertamente con tus ojos mirarás y verás la recompensa de los impíos."

Salmos 91:9: "Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza, al Altísimo por tu habitación,"

Salmos 91:10: "No te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada."

Salmos 91:11: "Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos."

Salmos 91:12: "En las manos te llevarán, para que tu pie no tropiece en piedra."

Salmos 91:13: "Sobre el león y el áspid pisarás; hollarás al cachorro del león y al dragón."

Salmos 91:14: "Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre."

Salmos 91:15: "Me invocará, y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia; lo libraré y le glorificaré."

Salmos 91:16: "Lo saciaré de larga vida, y le mostraré mi salvación."

Estas citas que acabamos de leer son parte de la Biblia, del libro de los Salmos, específicamente el Salmo 91. En él, el salmista nos explica cómo, a pesar de los tiempos difíciles, siempre debemos depositar nuestra fe y confianza en Dios, porque con su poder enviará a sus ángeles que nos guarden en todos nuestros caminos. Dios nos resguarda bajo sus alas.

Antes de que digas que esto suena a sermón de iglesia, te contaré la historia tras este salmo. Verás, cuando tenía doce años comencé a caer en depresión por el rechazo de mis compañeros de escuela. Fue entonces cuando me encontré por primera vez con este salmo. Lo leí varias veces y no pude evitar llorar; lo sentí muy personal. Entendí y sentí que Dios me estaba hablando a través de él, llegó justo en el momento en que más lo necesitaba. Ahora, si me lo preguntas, puedo recitarlo de memoria sin ningún problema, pues lo memoricé. Fue como la brisa mojando una flor por la mañana.

Pero ¿por qué todo esto?

Para nosotros los cristianos, es sumamente importante poner a Dios por encima de todas las cosas. Una vez que lo hemos hecho, nos sentimos en paz y calma; dejamos de preocuparnos por todas las demás cosas que puedan pasar. Aunque llueva, truene o relampaguee, confiamos en Dios y depositamos nuestra confianza absoluta en Él. Por ello, al leer el salmo que acabamos de leer, me sentí segura y confiada. Tuve fe a pesar de sentir rechazo en la escuela por mi fe.

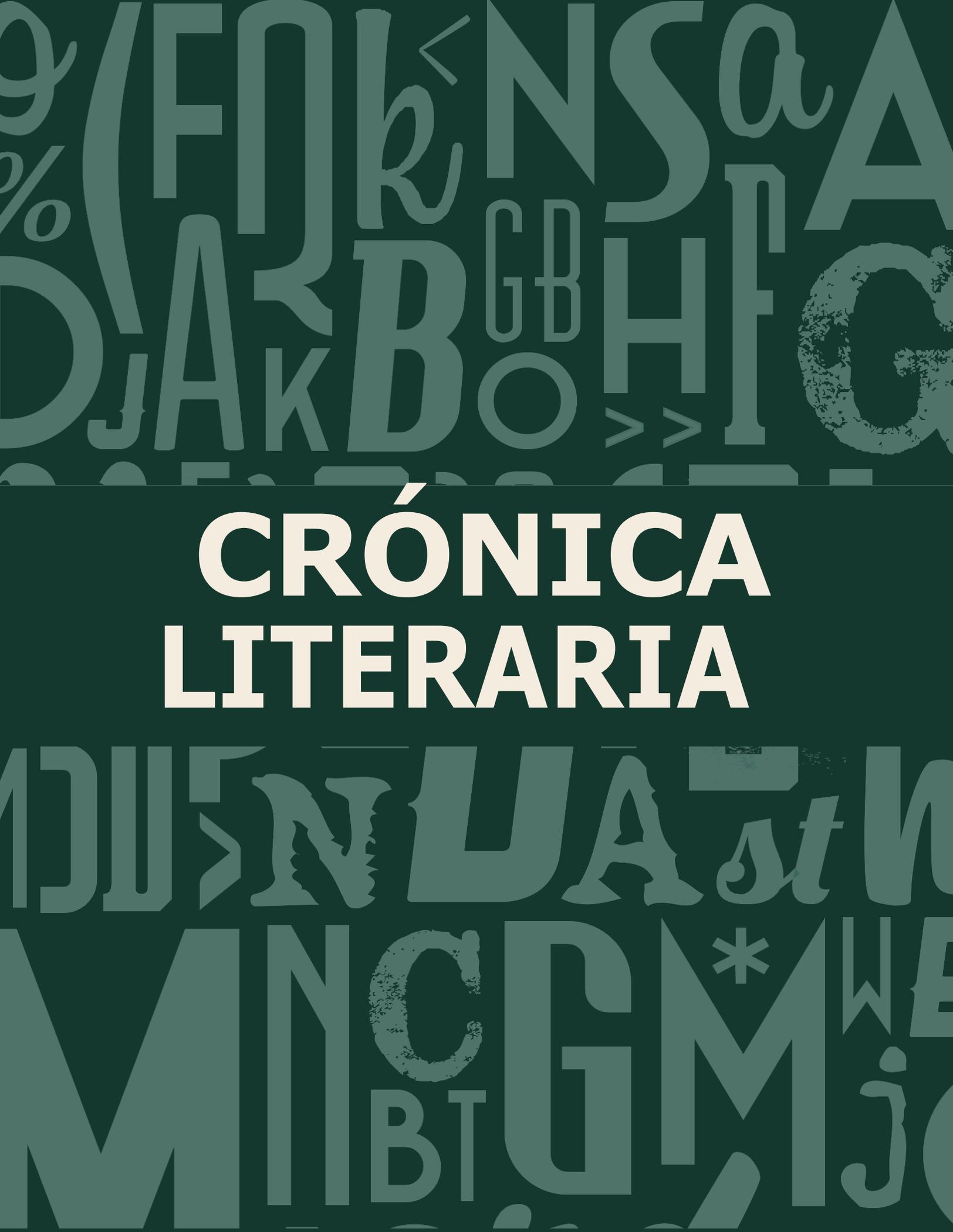
Considero que los estudiantes que pasan por estas situaciones deben abrazarse a la fe, deben abrazarse a Dios para evitar caer o, si caen, levantarse con la fuerza de la palabra. No todos tenemos las mismas pruebas y luchas. En cada uno de nosotros, las pruebas y dificultades que se presentan en el camino son distintas. Cada uno sigue su propio camino, se levanta aun sabiendo que en la escuela llegarán las burlas, el acoso, las agresiones verbales y, en el peor de los casos, las agresiones físicas.

Quiero que con todo esto quede claro. Hablar de estos temas, que pocas veces escuchamos, no significa que estemos acostumbrados a oír a "fanáticos religiosos", como normalmente nos llaman. Eso no significa que no existan. Hoy, una persona se atrevió a romper el silencio. Se atrevió a hablar sin miedo, decidida, entregada, dispuesta a compartir algo muy íntimo: su creencia, su fe, algo que pocas veces, por no decir nunca, había oído.

Hoy lo hablo porque no tengo ninguna duda de que un joven o una joven puede estar pasando en estos momentos por lo que yo pasé. Y esto puede serle de gran ayuda, darle esperanza y recordarle que no está solo. Tiene a Dios, claro, pero también hay muchos otros jóvenes que hemos pasado por lo que está pasando: la intolerancia religiosa en la escuela. Así que, hermano mío, no estás solo, te lo prometo.

Y a las personas que no son cristianas o religiosas, les digo: "Se irán al infierno si no creen en Dios". ¡Mentira, bromeo! (jaja). Sean empáticos, pónganse en el lugar del otro. Traten de comenzar a incluir a las personas cristianas, traten de conversar con ellas, salúdenlas, no las vean como bichos raros. Pregunten, y eviten apoyar acciones discriminatorias que vayan dirigidas hacia ellas. Les aseguro que conforme conozcan a estas personas, se darán cuenta de que pueden llegar a ser grandes amigos, grandes consejeros y seres humanos. No porque alguien no comparta tu creencia religiosa o no practique tu cultura debes mirarlo mal o tratarlo mal. Al contrario, te invito a que te abras y descubras por ti mismo que esa persona frente a ti puede enseñarte mucho más de lo que imaginas.

Por escuelas donde haya tolerancia religiosa, por escuelas donde escuchen e incluyan a sus jóvenes cristianos, por un mundo donde no nos señalen.



**CRÓNICA
LITERARIA**

Mi vida en mil vistas

José Alberto Luna Angeles

Estudiante de Educación Media Superior a Distancia del Estado de Hidalgo

Mi nombre es Daniel, soy un joven de tan solo 16 años, estudiante de preparatoria, y esta es mi historia. Todo comenzó una mañana fría y húmeda, cuando iniciaba mi día normal, como cualquier otro. Me levanté de la cama, agarré aquel viejo bastón que siempre ha sido mi compañero de vida, el que guía cada uno de mis pasos a lo largo de los días. Luego, me dirigí al baño, donde me di una relajante ducha. Cuando terminé, caminé hacia mi armario, tomé mi ropa y me alisté. Ya arreglado, agarré mi mochila y me dirigí a la cocina, mientras el exquisito olor del desayuno llegaba a mi nariz y alegraba mi corazón. Sabía que era un rico y sabroso desayuno preparado por mi querida madre, pues era mi favorito: unos huevos frescos de granja acompañados de tocino y un dulce café con aroma a almendras. Aunque no podía verlo, sabía que era delicioso, ya que el simple hecho de olerlo era un apetitoso viaje a la imaginación. Lo confirmé con el primer sorbo de café y la primera mordida a mi comida, activando mi sentido del gusto. Mis papilas gustativas lo disfrutaban. Al terminar, le di las gracias a mi madre, tomé nuevamente mi mochila y mi bastón, y me dirigí hacia la escuela. Salí de mi casa y caminé hacia la parada.

Al esperar para cruzar la calle, escuché unos pasos acercándose y, de repente, sentí que alguien me agarraba con fuerza, lo cual me generó un gran pánico, sinceramente me asusté. Pensé que me iban a robar o algo así. Entonces, escuché la voz de esa persona diciéndome que me ayudaría a cruzar la calle, y sin otra opción, acepté su ayuda. Al terminar de cruzar, le di las gracias y se fue.

La mayoría de las veces, cuando camino solo por las calles, la gente me ayuda sin preguntarme, y eso me incomoda. En lugar de decirme: "Oye, ¿necesitas ayuda?", la mayoría llega, me agarra y me jala. Me gustaría que me trataran como a cualquier otra persona. Yo no llegaría a agarrar a alguien así, eso se me hace una falta de respeto, aunque la intención sea ayudarme.

Después de ese inconveniente, llegó mi transporte. Inmediatamente me subí y, al caminar por el pasillo, una persona me habló con un tono agradable: "¡Buenos días, joven! Permítame cederle mi asiento y ayudarlo a sentarse para que pueda ir cómodo en su trayecto". Con una sonrisa, le respondí que sí. Luego, se paró y me ayudó a sentarme y a acomodar mi mochila. Me deseó un excelente día, le di las gracias, y escuché sus pasos alejándose. Momentos después, escuché al chofer decir que la próxima parada era mi destino. Procedí a bajarme del autobús y caminé hacia la entrada de la preparatoria. El guardia en la puerta me dio los buenos días, le devolví el saludo y me dirigí a mi salón. Mientras caminaba por el patio, escuchaba los pasos y murmullos de los chicos de los demás salones, unos en tono de burla y otros de lástima. Cada vez que escuchaba esos comentarios sobre mí, me sentía mal por dentro, pero después de muchos años escuchando lo mismo, ya me había acostumbrado. Sin embargo, seguía sintiendo incomodidad, como si me vieran como un bicho raro solo por mi discapacidad.

Al llegar al salón, escuché la voz de mis amigos, Alex y Paula. Paula me dio los buenos días, y Alex me ofreció ayudarme a sentarme en mi lugar. Ya sentados, comenzamos a platicar sobre cómo nos había ido el fin de semana y las cosas que habíamos hecho. Después, conversamos sobre nuestra música y artistas favoritos. Cuando llegó mi turno, les hablé de Andrea Bocelli. Les expliqué que es un cantante y compositor de ópera italiano, conocido mundialmente por los hermosos temas que compone y su grandiosa y hermosa voz.

Además, les conté que él también es una persona invidente. Les mencioné que mi canción favorita de él es "Vivo por ella" y se las recomendé. Sin darnos cuenta, se nos fue el tiempo conversando, hasta que de repente llegó la profesora Mariana, nuestra maestra de literatura. Como siempre, con su optimismo característico, nos dio los buenos días y nos indicó la actividad que debíamos realizar: una carta dirigida a ella, contando cómo nos sentíamos en la escuela.

Saqué mi regleta para escribir en braille y en la carta le conté que estaba muy contento en la escuela, aunque notaba que algunos compañeros de los demás salones se sentían incómodos conmigo o hacían malos comentarios. Sin embargo, dentro del salón me sentía seguro y contento, ya que, desde el primer día de clases, todos mis compañeros y maestros habían sido amables conmigo. Siempre me apoyaban cuando necesitaba ayuda y me incluían en todas las actividades que nos dejaban los profesores. Eso me hacía sentir feliz, porque me trataban como a cualquier otra persona. Además, tanto ellos como mis maestros habían aprendido el sistema braille, lo cual para mí fue un gesto muy agradable. Le entregué la carta a la profesora y seguimos con las actividades hasta la hora de salida.

Al caminar rumbo a la parada, lamentablemente choqué con una persona que se enojó mucho. Me dijo, con un tono fuerte y agresivo: "¡Fíjate, maldito cegado!". Me disculpé por haberlo enfadado, pero le aclaré que estaba equivocado, que yo no era un "cegado", como él me llamó, sino que era una persona normal y corriente, como cualquiera, con quien podría haber tenido el mismo incidente. Le dije que no debía ofender ni apodar a las personas, y menos si son invidentes, como yo en este caso. Sentí que entendió lo que le dije, porque inmediatamente me pidió disculpas y reconoció que no debía haber usado esa palabra. Me dijo que estaba arrepentido. Le respondí que no había problema, siempre y cuando no volviera a hacer lo mismo con ninguna otra persona, ya sea invidente o no. Todos merecemos el mismo respeto y ser tratados por igual. Él estuvo de acuerdo y, posteriormente, me ayudó a subir al transporte. Le di las gracias y me despedí.

Mientras iba en el autobús rumbo a mi casa, pensaba en cómo, en pleno siglo XXI, sigue habiendo personas que discriminan y menosprecian a la gente invidente, siendo que todos en esta vida somos iguales. Al llegar a mi casa, mi madre me esperaba. Le conté cómo me había ido ese día. Me dijo que no hiciera caso a los malos comentarios y que me quería. Luego, me dirigí a mi cuarto. Ya en la cama, reflexioné sobre lo que muchas personas piensan y dicen acerca de nosotros, los invidentes. Tal vez las personas ciegas como yo no podamos ver el mundo de la misma manera, pero eso no significa que no podamos vivir una vida plena y satisfactoria. Al contrario, aunque enfrentamos grandes desafíos, también tenemos la oportunidad de desarrollar nuevas habilidades, sentidos y perspectivas.

Así terminó mi día, asimilando cómo miles de vistas me miran y juzgan cada día, sin conocerme realmente, solo por ser una persona ciega. Sin saber que los verdaderos ciegos son ellos, al no mirar más allá de sus pensamientos erróneos y su mentalidad cerrada.



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

DGB

*Antología Literaria. "Yo No. Letras Contra la
Discriminación"
2023*

Editada por la Dirección General del Bachillerato

Coordinación del concurso y edición: José Luis Arredondo
Castañeda

Ilustración y diseño: Andrea Olvera Zaragoza, Azereth A. Cruz Monter,
Sandra Bernal Navarrete

México, CDMX.